CUADERNOS
DE LA
UNIVERSIDAD DEL AIRE
DEL CIRCUITO CMQ



CUARTO CURSO
(JULIO - SEPTIEMBRE 1950)

AFIRMACIONES
CUBANAS

Talleres de
Septiembre, 1950 EDITORIAL LEX 20 cts.
LA HABANA

UNIVERSIDAD DEL AIRE

DIRECTOR: DR. JORGE MAÑACH

EXTRACTO DEL REGLAMENTO DE LA UNIVERSIDAD DEL AIRE:

"La Universidad del Aire es una institución de difusión cultural por medio del radio. Está, por tanto, sujeta a las condiciones de acción que le imponen la índole de ese propósito y el medio trasmisor de que se vale".

. . . .

"El objeto de las disertaciones de la Universidad del Aire es principalmente despertar un interés en los temas de la cultura. Por consiguiente, no aspiran a impartir conocimientos detallados o profundos, sino más bien nociones introductoras y generales que abran una vía inicial a la curiosidad de los oyentes. Como el grado de cultura de éstos tiene que presumirse muy diverso, se procurará prescindir en las disertaciones de todo lo que suponga una considerable formación previa, así como de tecnicismos y pormenorizaciones que fatiguen la atención. Los trabajos deberán ser redactados con toda la llaneza de estilo y amenidad de contenido que el tema permita, procurándose sintetizar y dramatizar lo más posible la exposición, y cuidando más en todo momento de la comprensión de los oyentes que del propio lucimiento"

Las audiciones de la UNIVERSIDAD DEL AIRE se trasmiten todos los domingos de 3 a 4 p.m. por el

CIRCUITO CMQ

RADIOCENTRO

LA HABANA, CUBA

Fryda Schultz de Mantovani

La raíz creadora de Martí

QUIERO ver a Martí a la luz de su propia infancia, la que vivió, feliz o dolorosa, y la que supo guardar insumergible en el tiempo. Ni qué decir tiene que ésta, como esencia, es la más importante: raíz creadora que manda en los verdaderamente viriles, en los hombres que se siembran a sí mismos para echar espigas de ideas y de pueblos. Valga esta imagen, empujada sin duda por un sentimiento, para explicar mi propósito esta tarde, que fuera ocioso en Cuba donde tanto se venera a Martí si no lo abonara mi condición de americana del Sur, en cuya lejanía de pampas resuenan sólo los ecos de los grandes pasos.

Es José Martí el niño criollo y pobre que en sus pocos años advierte por primera vez lo que es vasallaje en el negro esclavo, castigado como la mula por un amo brutal, y ve que hay otra cosa, que se llama ser libre, no tener miedo de compadecer y decir la verdad. Y es el hombre Martí, el amigo de **La Edad de Oro,** el padrazo que quería ser como el río cargado de hijos, el que dice a los niños con aquella voz venida de su infancia: "Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria". Esas son las primeras letras del espíritu, el abecedario que no se aprende en las escuelas. Y con un editor generoso comienza en Nueva York, en 1889, la publicación de su periódico infantil. A Manuel Mercado, su amigo mexicano, en la carta con la que le envía los primeros ejemplares de **La Edad de Oro,** le dice cuáles son sus propósitos: "...llenar nues-

tra tierra de hombres originales, criados para ser felices en la tierra en que viven, y vivir conforme a ella, sin divorciarse de ella, ni vivir infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdeñosos nacidos por castigo en esta otra parte del mundo. El abono se puede traer de otras partes pero el cultivo se ha de hacer conforme al suelo". Y añade esta suprema razón: "A nuestros niños los hemos de criar para hombres de su tiempo, y hombres de América. Si no hubiera tenido a mis ojos esta dignidad, ya no habría entrado en esta empresa".

Martí es el libertador de su pueblo, pero sabe que los pueblos no se libertan con una espada ni con una ley gratuita. Preciso es comenzar por libertar al hombre despertándole de la apatía miserable en que lo sumen, más que el poder tirano, el egoísmo, la comodidad ramplona, el interés pequeño del negocio de compraventa o la minúscula vanidad de ser obsequiado por el mandón que lo desprecia. A tales actitudes ni siquiera puede dárseles el nombre de cobardía. "Hay hombres que son peores que las bestias —enseña Martí— porque las bestias necesitan ser libres para vivir dichosas", y cuenta a los niños el caso del elefante, que no quiere tener hijos cuando vive preso o la llama del Perú, que se echa en la tierra y se muere cuando el indio le habla con enojo o le pone más carga de la que puede soportar. "El hombre debe ser, por lo menos, tan decoroso como el elefante y como la llama".

La elocuencia de Martí, "áspera, capitosa, relampagueadora" —tal como se la admira Sarmiento— en **La Edad de Oro** se vuelve pura expresividad infantil: busca los períodos cortos, la repetición unida por esas interminables íes con que se enlazan las acciones en los cuentos, y forman la médula y el vehículo de su dramatismo; elige las palabras sencillas y humildes, como las que su madre emplea para escribirle cartas. Gran acierto es éste de contar como si estuviera inventando situaciones o viéndolas en el aire, en un desfile premioso de sustantivos y verbos que casi no dan respiro al buen contador, arrebatado, como el oyente, en un tapiz de maravilla del que es forzoso no dejar caer ni siquiera una palabra. El lenguaje de Martí para dirigirse a los niños no es extraño al de esa Leonor Pérez, su madre, que adivina

que tiene un hijo héroe y acaso morirá mártir, pero no quiere darse por vencida en su ilusión de normalidad; esa normalidad en la que los demás hombres viven largo tiempo y sin sufrir. Es curioso, pero las madres conservan —como los niños después de haber perdido su creencia en los Reyes Magos— el germen pequeñito de una ilusión con la que se mienten vivir en paz mientras fingen aceptar la realidad. El tono de doña Leonor, en todas sus cartas, es como para tranquilizar a un niño que no quiere dormir, y con la esperanza de soplarle sus propias creencias apaciguadoras enhebra personajes familiares, recuerdos y moralejas: "Tu padre fuertecito por ahora más que yo, tus her manas te mandan un abrazo hasta que te escriban y yo un fuerte regaño para que no estés tan caviloso que este mundo no lo arregla nadie, y es preciso tomar las cosas con resignación, que la vida es harto corta y es doloroso pasarla tan triste; ánimo pues y un abrazo de tu madre". Martí toma de ella ese lenguaje directo, dejando de lado la moraleja maternal que corta las alas, y sabe cómo hacer para que lo entiendan los niños, para llegarles, no despojado de la suntuosidad crepitante sino confundido en cuerpo y alma con su riqueza natural, como los reyes indios, que eran hermosos por el sol más que por la pedrería. Ni siquiera parece costarle mucho desnudar su lenguaje. Ya le ha llegado, junto con el primer número de **La Edad de Oro,** la satisfacción de vencer "esa excusable malignidad del hombre" que quería verle por debajo de sí al emprender una tentativa infantil —como dice este perdonador— y la sorpresa de aquellos que han visto "que se puede publicar un periódico de niños sin caer de la majestad a que ha de procurar alzarse todo hombre".

La primera lección de **La Edad de Oro** es la de los tres héroes, los que lucharon porque la América fuese libre: Bolívar, Hidalgo y San Martín, los padres de la familia americana de pueblos. Pero no es la suya historia escrita sino contada como vivida, sentimentalmente. "Sentidor —dirá de él Unamuno— sentidor, tanto o más que pensador". Es que para Martí su América no es documento frío sino inspiración de nueva vida; él la siente palpitar entera, patria total que le cabe en las venas, misteriosa como la vida misma de la que tiene el tiempo contado. Para él

ya es hora, dirá pocos días antes de su sacrificio en Dos Ríos; pero la América no tiene término. El es, acaso, un leño más para encender la infinita llamarada. Para eso se le ha encarnado una voz insobornable, que nunca es hojarasca retórica ni follaje que se agita sin sentido. Por eso interrumpe la publicación de La Edad de Oro a los cuatro números. La razón es que el editor, por buena fe o intuición comercial, quiere que Martí hable del "temor de Dios" y que sea el nombre de Dios el que allí se repita, como tintineo en letras visibles, en vez del espíritu evangélico que de veras flota sobre esas páginas.

El gran escritor que hay en Martí está sostenido, adherido al hombre; y su palabra nunca es vestidura lujosa sino piel verdadera, imposible de quitar sin desolladura. Admira la obra intensa que dejó escrita, al punto que parece milagro el tiempo que en vida tan breve rindió tanto fruto. Se nos aclara la cosa si pensamos que la literatura no era en él sólo un producto de su inteligencia ni de su imaginación enriquecida, sino legítimo fervor de alma, que todo tiene que decirlo porque vive en todo, y así le sale lo que escribe, temblando de humanidad, como criatura que padece y goza. Aún en sus últimos días de 1895, en la campaña que emprende para rescatar su patria cubana —entre marchas agotadoras, viajes, entrevistas y preliminares de la acción— se da tiempo para llevar unos apuntes en los que anota ocurrencias, rasgos de gente humilde o describe escenas de una naturaleza que lo embriaga. Y esas páginas prodigiosas de sonriente pulcritud no están hechas para la publicación, ni siquiera para cumplir un deber si no es aquel íntimo de volcar su recuerdo de hombre en dos criaturas lejanas y queridas: Carmen y María Mantilla. Es el suyo un diario de viaje que tiene candidez poética, a veces parecida al desafío irresponsable con que puede jugar un niño o cazar mariposas en el umbral de la muerte.

En esos mismos días escribe la última carta a su madre, aquella con la que pretende acallar sus reproches de amor: "¿Y por qué nací de usted con una vida que ama el sacrificio?".

En el lejano contacto de su infancia con la realidad del amo y del esclavo se fija el germen de lo que habría de ser una obsesión noble en Martí:

"Otros de lirio y sangre se alimenten:
¡Yo no, yo no! Los lóbregos espacios
rasgué desde mi infancia con los tristes
penetradores ojos..."

(Canto de Otoño)

Acaso, al volverse conciencia la obsesión, termina la edad del niño que pasea junto al arroyo y finca su alegría en un hermoso gallo al que su padre puede arreglar la cresta. Pero para su alma no termina la edad generosa, aquella de la infancia que no entiende de intereses de hombre porque a sus ojos brilla más lo invisible. Y en ese sentido mágico del mundo radica el nervio de la visión infantil. Todo lo que para el hombre sirve al niño le es indiferente: lo inútil se le vuelve precioso y lo escondido le atrae como un misterio que reta a su potencialidad de pequeño dios en acecho. ¡Cómo no había de imantar a Martí esa oculta fiebre por la que veía sufrir y castigar! Para él fué siempre más bella la espalda lustrosa de un negro que el látigo que lo desnuda de harapos. Y su lengua se hace por eso más limpia y fragante cada vez que habla de un negro en la batalla o lo ve erguido sobre su caballo, vengador y apocalíptico, junto a los hermanos blancos que como él luchan por una rendición que los iguale. Al negro, Martí le llama padre, caballero y señor.

Con aquellos ojos puros de la infancia —que la madurez no percude en Martí— contempla el mundo y los hombres como si no quisiera darse por enterado de ésta o cual otra mancha que llevan fisonomía y nombre. El maldice del odio en particular y ya se ve como no combate más que por grandes sentimientos. Sólo que los sentimientos se vuelven ideas fijas, a fuerza de subir su tinta desde el corazón a la cabeza. Por eso un poema de sus **Versos Libres** lleva el extraño título de **Odio al Mar**, el elemental gigante cantado por poetas, venerado y temido:

"...si hallo un infame al paso mío
dígolo en lengua clara: ahí va un infame,
y no, como hace el mar, escondo el pecho.

Ni mi sagrado verso nimio guardo
para tejer rosarios a las damas
y máscaras de honor a los ladrones.
Odio al mar, que sin cólera soporta
sobre su lomo complaciente, el buque
que entre música y flor trae a un tirano."

Por esa misma raíz de infancia que consiste en ver lo oculto sintiéndolo latir, reflejadas en él sus voces desoídas, Martí se rodea de símbolos con los que gusta paladear su imaginación. Hondo sentido tienen, y él los descubre y los nombra porque le siguen los pasos. Hay un niño en su vida, su hijo, que también se llama José; pero al que él llamará Ismael, como el hijo de la esclava Agar que echaron al desierto. Y Martí lo invoca con ese nombre escogido entre los tristes para "que no sufra lo que yo he sufrido", dice. En su espíritu, el nombre es talismán que protege y rechaza el daño. Además, Ismael significa "el fuerte contra el destino", y éso es el hijo de esclavos, el despojado, verdadero rey entre los hombres.

Los quince poemas que forman el **Ismaelillo**, su libro, no guardan otra intención que la que puede elevar una caricia. Son riachuelos, como Martí los llama, pero drenan una ternura que lo ahoga en la ausencia. "Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras páginas, diles que te amo demasiado para profanarte así", declara en su dedicatoria el orgulloso y abatido padre de manos vacías, el desventurado de amor que siempre tuvo que vivir en el destierro. No son poemas que pueda entender el niño, ese José-Ismael que jugaría con las palabras sin hallarles sentido, tal como lo pinta, sentado en el lomo de un incunable, echando a volar las hojas amarillas de pensamiento y versos, fabricándose un carcaj o esgrimiendo aquella pluma nacida "para marcar frentes infames":

"¡Oh, Jacob, mariposa,
Ismaelillo, árabe!
¿Qué ha de haber que me guste
como mirarle

de entre polvo de libros
surgir radiante,
y, en vez de acero, verle
de pluma armarse.
y buscar en mis brazos
tregua al combate?
. . . .
¡Hete aquí, hueso pálido,
vivo y durable!
Hijo soy de mi hijo,
él me rehace!"

No pretende enseñarle nada, como no sea a despreciar al rey amarillo que tiende su dominación de impureza sobre los hombres. Que no es el poema una enseñanza: las palabras de Martí se parecen más al efluvio con que la sibila sugestionaría a los mortales, soplando sobre su cabeza. Estos versos tan diáfanos, que para su madre estaban en prosa porque los veía reales, son de una milagrosa especie no intentada sin rebajarse por ningún otro poeta. Tienen algo de ilógico, como las canciones de cuna, que son diálogos del alma desdoblada: un solo personaje que habla y se contesta en enloquecido rito. La oración es semejante a esas canciones de madre; pero el creyente nunca se embriaga ni pierde el tino, porque el amor religioso es respeto y anulación de sí mismo. Los poemas del Ismaelillo tienen algo de plegaria y de canción de cuna deshabitada, y son delirantes como la ternura, misteriosos, como si conjurasen con extraño mandato que pierde la hilación a fuerza de tener sentido.

La infancia es un estado de virginidad por el que el alma vive no en contacto sino en comunión con el mundo. Las cosas del mundo, fuera de su existencia natural —que el niño casi no toma en cuenta— viven real y efectivamente en su alma. ¿O es que el niño vive en ellas? Lo cierto es que todo tiene distinto aspecto y funciones para esta alma no usada por el interés o la mezquindad. El niño siempre es un Robinson que bautiza al mundo, y aun es mejor que el literario, porque si aquél descubrió la utilidad de las cosas para su existencia, éste descubre que sólo él

es útil para dar existencia a las cosas. Por eso el niño es una potencialidad creadora, un empuje que hace germinar la vida en su derredor. Con el aliento de su alma da vida a las cosas, que sin él quedarían inertes, mera naturaleza reducida a tamaño natural. Y no es ocn la imaginación con la que realiza este milagro. Mucho más compleja es esta fuerza creadora de la infancia, que duda de sus ilusiones y avanza más allá de sus dudas y de sus propias creencias. No es un iluminado ni tampoco un ser de fe. Ni inventa ni recibe dogmas. El niño es anárquico, pero congruente. Recibe la vida que le va llegando, pero no es tan poroso que se deje ablandar y amoldar sustancialmente por ella. La infancia preside la vida adulta y reaparece en los mejores hombres, cristalina y sin gusto a tierra, como el agua de las capas profundas.

Algo de ese estado puro —que siempre deja huellas en la memoria de los pueblos— quedaría en ese Martí dulce y violento, negado por torpes enconos durante su existencia y domador o encantador de hombres que se le apegaban, como aquel David de las Islas Turcas, marino de pies roídos que, en la fuga medrosa de los otros —cuando la expedición de Cabo Haitiano— le pone su chaquetón de almohada, "y era la goleta él solo", y se echa de bruces contra la vela en el momento de la separación. Este es el Martí que vemos a la luz insumergible de su infancia porque conserva, y le resplandecen, los ojos de niño para ver lo invisible, lo que más vale y nunca se muestra como medalla en el pecho de los hombres. Es el Martí sin más odio que al odio, el que quiere que las palabras sean "montes de sentido", el que sólo le parecen definitivas "las conquistas de la mansedumbre", el que cree que el decoro es el que da "esplendor a los rostros más oscuros". Y en la última jornada de esa batalla por la dignidad de los suyos —que él emprende para la independencia de Cuba— cuando va a tocar el nudo de lo misterioso que sus manos infantiles señalaron para alumbrar su propia vigilia sin descanso, podrá decir al fin el lúcido, el insumiso, que siente en sí algo puro y leve, "algo como la paz de un niño".

Es que ese borboteador de símbolos tiene la palabra que guía y la palabra que responde, porque nunca fué el comediante adul-

to que recita la libertad sino el ser de infancia, que la vive y cree en ella. El sacrificio de Martí es la purificación de una culpa colectiva que se llama el vasallaje del hombre por el hombre.

DISCUSION

DR. ICHASO. Después de estos aplausos, de este homenaje ostensible de ustedes, no es necesario encarecer la bella evocación poética de Martí que acaba de ofrecernos la Sra. Fryda Schultz de Mantovani. Y ahora procuremos hacer preguntas que no rompan del todo el devoto silencio a que un trabajo de esta índole invita. Prof. Roura, usted que es filósofo, y por consiguiente un poco poeta, ¿quiere preguntarle algo de esa índole a la Sra. de Mantovani?

PROF. ROURA: Después de las manifestaciones que acabamos de oír, creo que toda pregunta huelga. Es curioso que una vez más, mientras Fryda avanzaba en la lectura de su trabajo, yo me sentía dividir en dos. Uno que escuchaba la palabra de la poetisa, y otro que se preguntaba por el efecto que esa palabra producía en mí, un hombre del auditorio, y por consiguiente en el auditorio entero. Yo me pregunté esto mismo el otro día en el "Lyceum" y anteriormente me lo había preguntado en la Universidad. He llegado a la conclusión de que Fryda opera como el poeta cantando y encantando, y encantar significa aquí ir bajando poco a poco hasta lo hondo del alma hasta paralizar enteramente aquellas fuentes de donde enama todo juicio crítico. De modo que, me encuentro en situación harto embarazosa para preguntar algo a Fryda Mantovani. Sin embargo, se me ocurre algo respecto de Martí que pudiera ser de interés para el público y que seguramente Fryda conoce profundamente. ¿Cómo es posible, me pregunto yo, que una vida tan estremecida, tan atormentada, como la de Martí por motivos no solamente individuales sino básicamente supraindividuales, conservara puras y frescas las fuentes que tenían ese efecto enorme sobre el pueblo cubano y de que, con tanta belleza, nos habla Fryda en su trabajo? En otras palabras, ¿dónde radica la actitud carismática de Martí, como educador del pueblo cubano?

SRA. MANTOVANI: Posiblemente sea esa misma pureza que irradia en él la que ejerce esa virtud, no solamente sobre el pueblo cubano, sino sobre todo el que se acerca a él, y la única manera de acercarnos ahora no es solamente en su obra viva, sino en la obra escrita; no sólo en el pueblo que él ha creado, en el que ahora estamos todos, sino en lo que él dejó escrito. El ejerce aún la seducción a través de la palabra que ya no es letra, sino espíritu. Creo que ese poder de sugestión era el que inflamaba a Martí en su vida y sigue inflamándonos a través de su palabra.

DR. ICHASO: ¿Alguién del público desea hacer una pregunta? El Dr. Acosta.

DR. ACOSTA: Señora, pues yo voy a hacerle una pregunta que no huelga. Precisamente porque usted no es cubana, sino porque usted viene del Sur, voy a hacerle la siguiente pregunta: ¿qué estatura vé usted en Martí dentro de la constelación de los grandes hombres universales, es decir, desde un punto de vista universal, qué jerarquía humana encuentra usted en Martí y qué trascendencia o perennidad en el tiempo, desde un punto de vista universal, halla en su obra?

SRA. MANTOVANI: Muy bien, es una pregunta que me gusta mucho contestar, porque ya había pensado precisamente eso: qué categoría podríamos asignarle a Martí dentro de esa galería de grandes hombres conque ya puede contar América e incorporarlos a la universalidad. Veo en Martí al constructor pacífico, al creador de un pueblo, al luchador sin espada, al que hace germinar en torno a sí una cantidad de fuerza que desata pero para las que no emplea la fuerza. Solamente he encontrado después y hasta hace muy poco otro símil, que ha llevado una vida más larga y que tiene quizás una acentuación mística, pero no de símbolo, y es la de Gandhi en la India.

DR. ICHASO: Señores: una pregunta más, una sola, porque no tenemos mucho tiempo ya.

DR. CORSANEGO: Antes que nada, quiero felicitar a la ilustre escritora Sra. Schultz, por esa imagen tan ebria de luz y de belleza, que nos ha dado de Martí. Y ahora yo quisiera que la Sra. Schultz, si le es posible, me dijera en qué suelo o en qué fuente, hunde o sumerge esa raíz creadora, Martí.

SRA. MANTOVANI: La infancia es para mí, la raíz creadora que manda en todo hombre constructor. Posiblemente Martí hubiera podido darse en otros pueblos, pero creo así de este modo concretar la respuesta: el suelo único en que puede hundirse esa figura, esa raíz, es el de América. Martí es, por esencia, un hombre de influencias europeas, hijo de europeos, pero que lleva una empresa lírica a cabo; por lo hostigado que fué en su tarea sólo pudo darse tan alto ejemplo en América.

Juan Roura

La realización de sí mismo

QUISIERAMOS que dos versos de Goethe, fruto de su madurez, lindante con la senectud, nos introdujeran a nuestro diálogo de esta tarde en la Universidad del aire. Traduzco literalmente: "La suerte está echada; sigue tu propia naturaleza. El camino está iniciado, completa el viaje." Con metáforas cargadas con la emoción del destino el poeta alcanza una última profundidad en el enigma de la vida y de la personalidad humana, temas apasionadamente permanentes en su creación artística. Una vez más se afirma en la creencia de que existe en el hombre un núcleo esencial y único al cual siempre retorna o debiera retornar. Se trata de disposiciones innatas, aptitudes, talentos, valores. Nuestra misión en esta vida es cultivar esta herencia individual, formarla hasta conseguir aquella madurez que genera espontáneamente sus frutos, es decir, en que la existencia se realiza a sí misma. Cultivar, formar, realizar la propia vida, estas son las etapas culminantes de la vida individual y colectiva, porque lo que vale para el individuo vale también para el pueblo.

Formación y realización de sí mismo son dos aspectos del proceso de maduración del hombre. No es posible trazar una línea divisoria entre ambos fenómenos: sólo mentalmente pueden aislarse. En realidad constituyen la vertiente interna y externa del mismo proceso. En la formación resuena un motivo receptivo y arquitectónico; en la realización de sí mismo se percibe un acento expresivo, dinámico, creador.

Sumergido en la corriente de la vida, el individuo construye la forma de su personalidad gracias a la asimilación de los valores de la cultura. Esta estructura personal posee una doble función: la vivencial y la creadora. En la vivencia aprehendemos el sentido de los contenidos de la cultura y en la creadora realizamos los valores de la personalidad plasmándolos en nuevas objetivaciones culturales. Tampoco es posible separar estas dos funciones de la estructura espiritual. Toda vivencia lleva en sí un impulso reactivo y en todo acto hay una especie de culatazo interno sobre el yo que genera un momento vivencial. Podría decirse que en el proceso de formación la vida presta al individuo los materiales para construir su estructura interna y que en la realización de sí mismo el individuo devuelve a la vida lo que ésta le prestó. Pero la cultura presta a rédito, pues espera recoger los frutos de la maduración del hombre. Así se enriquece el patrimonio cultural asegurándose el movimiento progresivo de la corriente histórica. Un individuo formado es aquel que no sólo ha desarrollado plenamente su conciencia valorativa sino que además es capaz de dar objetividad a los valores de su personalidad.

Tomemos como ejemplo el proceso de maduración intelectual. Sabido es que en el convencionalismo académico el grado de doctor significa la capacitación del estudiante para emprender investigaciones por cuenta propia. La aprobación de la tesis significa que el individuo es apto para buscar la verdad en un dominio determinado del conocimiento. No nos interesa aquí si el simbolismo universitario es adecuado a la realidad o no. Todos sabemos que con frecuencia enriquecen la ciencia quienes no ostentan tan alta dignidad académica. Lo que aquí nos importa destacar es que el espaldarazo doctoral significa que la formación del joven ha terminado y que empieza el momento de ir en busca de nuevas verdades, es decir, de la ralización de sí mismo. Huelga decir, desde luego, que esta significación es puramente convencional, puesto que ni termina nunca la formación del individuo ni la capacidad para la investigación corre pareja a la posesión de un diploma. Con todo, este simbolismo universitario nos muestra la diferencia de las dos vertientes del proceso de ma-

duración del hombre y su íntima trabazón. De paso conviene repetir lo que tantas veces se ha dicho: la tarea de la educación no es la de equipar al individuo con un formulario de verdades hechas, sino la de despertar la pasión por los problemas, robustecer la voluntad de verdad y desarrollar la compleja estructura del conocimiento.

El proceso de formación intelectual tiene que barrer de su camino dos obstáculos mayores: el de convertir al hombre en una máquina y el del naufragio de la verdad en la avalancha política. El primer peligro se supera centrando la educación en el desarrollo formal y el segundo entroncando el hombre de verdad en la fuerza moral. Lo que importa es la generación de energía, no la transmisión de conocimientos estereotipados. La formación creadora —la única en que la personalidad se realiza a sí misma— busca siempre puntos de Arquímedes donde aplicar su fuerza. Y esto es válido lo mismo para el conocimiento que para las demás dimensiones del espíritu.

Dimensiones del espíritu para las que la Universidad no otorga ningún diploma específico de madurez. No hay doctorados en honestidad, ni en **ethos** estatal, ni en gusto estético, ni en amor al prójimo, ni en sentimiento religioso, ni siquiera en iniciativa en los negocios. El diploma doctoral es un certifcado que acredita madurez en un campo de la investigación científica. Al fin, asunto de teoría. Pero en la vida hay mucho más que teoría y ciencia. Cierto es que desde el mundo helénico, en cuya conciencia axiológica los valores teóricos tenían un rango prominente, siempre se ha concedido gran importancia a las funciones intelectuales y a sus creaciones, esto es, a la ciencia. Sin embargo, el espíritu se diversifica en otras funciones y rendimientos, además del intelecto. El conocimiento no es la única forma ni la primordial en que el mundo se da al hombre y en que él actúa en el mundo. "Antes que un ser **cogitans** o un ser volitivo el hombre es un ser **amans**". El corazón es anterior a la cabeza. Con el corazón preferimos o posponemos, reconocemos o despreciamos, queremos u odiamos, sentimos simpatía o aversión. En una palabra, valoramos. En el corazón está centrada la conciencia axiológica en su doble aspecto de receptiva, o mejor

reactiva y, creadora. Y toda nuestra actividad, incluso el conocimiento, está condicionada por esta actividad valorativa. Nada define mejor la personalidad que su relación axiológica con el mundo en que vive. "Dime lo que para tí es valioso y te diré quién eres", podríamos decir corrigiendo el conocido refrán.

No podemos abordar aquí los problemas básicos de la axiología. Nada nuevo aportaríamos a lo que se sabe sobre los valores. Lo que nos interesa averiguar es el papel que representan los valores en la vida humana, y esto en estas dos direcciones: 1ª: en la organización interna de la personalidad; 2ª: en la realización de sí mismo. Para nuestro propósito tenemos que distinguir, sin embargo, entre valoración, realización de valores y valor en sí mismo. En el acto de valoración aprehendemos por vía emocional el valor de los objetos valiosos o bienes. Así, estimamos la utilidad de un automóvil, la calidad de un vino de Borgoña, la generosidad de un amigo, la belleza de una mujer, la lealtad de un empleado, la fe de un sacerdote... Por otra parte realiza el valor utilidad el campesino que construye un instrumento para la labranza; realiza la belleza el pintor que pinta un cuadro, la justicia el juez que objetiva este valor en el acto de un juicio, la confianza el amigo que cree en el amigo, la fidelidad la mujer que sólo piensa en su marido. La vida toda está entretejida por experiencias de valoración y objetivación de valores. Ya no es tan fácil decir lo que son los valores. En este punto las opiniones están muy divididas. Sea cual fuere la idea que se tenga sobre los valores, considérense como esencias objetivas y eternas o como meras creaciones del sujeto, el hecho es que su vivencia o realización supone siempre una disposición valorativa en el individuo. Si el individuo no tuviera disposiciones de valor en su alma nunca podría percibir intuitivamente ni la belleza, ni la utilidad, ni la valentía, ni la fe, ni ninguna otra especie de valor. Y naturalmente, tampoco podría objetivar ningún valor puesto que el supuesto de toda realización es la existencia de la conciencia axiológica en el individuo.

El problema de la maduración del hombre aparece ahora claro: no sólo se trata de formar la estructura intelectual hasta capacitarlo para encontrar la verdad, sino de favorecer la madu-

ración de las distintas direcciones de valor que constituyen la médula de la personalidad. De este modo la estructura cognoscitiva encontrará un contrapeso que salvará al hombre de la barbarie del especialismo, como dice Ortega, o lo que es lo mismo, dará calor y vida a su alma cada día más angosta y de frialdad metálica.

La personalidad encuentra su propio perfil, su centro vital podría decirse, en su relación con el medio ambiente. La dinámica de la vida surge de la convergencia de las fuerzas hereditarias y ambientales que no son fuerzas antagónicas sino complementarias. Sin desconocer la importancia de los factores meramente cósmicos, las fuerzas del mundo social histórico en que gravita el individuo tienen una influencia decisiva para la concreción de la estructura personal. Actúan como reveladores de las disposiciones de valor. En realidad opera una doble selección en la relación del individuo con su medio ambiente. El medio selecciona, actualiza y fija disposiciones valorativas y por otro lado el individuo selecciona las fuerzas del mundo exterior que son adecuadas a su naturaleza interna. El armazón del espíritu lo llevamos en nosotros mismos.

Las fuerzas externas no hacen otra cosa que despertar, diferenciar, y destacar las direcciones de vivencias y actos predominantes de la personalidad.

Cada personalidad se construye en torno a una dirección determinada de valor; todo lo demás se subordina a este eje principal. No tenemos más que mirar en torno nuestro para encontrar un ejemplo de lo que queremos decir: el comerciante valora, vive y crea de un modo muy distinto que el artista; el centro vital del artista es otro que el del político; el órgano espiritual mediante el cual el político se orienta en el mundo no puede confundirse con el centro vivencial del hombre de ciencia o del sacerdote. Tomando como criterio el modo cómo los individuos **viven los valores**, Eduardo Spranger ha trazado de mano maestra en sus "Formas de Vida", el perfil de los tipos básicos de la personalidad. ¿Hay nada más vivo que un banquero, un senador, un artista, un científico, un filántropo, un sacerdote? La vida de cada uno de estos tipos está anclada, por decirlo así, en una di-

rección de valor: la utilidad en el hombre económico, el poder en el político, la forma en el artista, la verdad en el hombre de ciencia, el amor en el hombre social, la moralidad en el hombre religioso. Estas direcciones de valor constituyen los temas fundamentales del ser humano y los motivos de su conducta. Las variaciones de la personalidad surgen de la vivencia y realización de los valores particulares dentro de cada dirección general de valor. Por ejemplo Rilke cambia su estilo poético en contacto con Rodin; el descubrimiento de la "forma" en el escultor francés (función paralela a la de Italia para Goethe) da un matiz clásico a su poesía que antes era expresionista. ¿Cuántas variaciones no se encuentran en la pintura de Picaso? O lo que es lo mismo: ¿Cuántas variaciones no se encuentran en la personalidad pictórica de Picaso? ¿Qué tienen de común Guernica, Tres músicos y Dos mujeres sentadas? En primer término el tema estético. Pero los valores simbólicos del primer cuadro son distintos del acento cubista del segundo y ambos del clasicismo del último. No puede hablarse aquí de evolución sino de variaciones en la dirección del valor estético. Variaciones en el arte que no representan otra cosa que variaciones en la personalidad de Picasso. ¿No son, por otra parte, variaciones de la personalidad política el paso de una actitud radical a otra conservadora? Los ejemplos podrían multiplicarse.

Sin embargo, las cosas son mucho más complicadas de lo que refleja esta construcción mental. En nuestra conciencia hincan sus raíces, en torno a un relieve particular, todas las direcciones de valor. Y no sólo entran en conflicto estas distintas clases de valor, sino también los valores específicos en una misma dirección axiológica. Luchan los temas para destacarse en la sinfonía personal y también luchan, se entretejen y mezclan las variaciones. En esta lucha se encuentra, acaso, el meollo de la persona moral. Obra moralmente quien en un conflicto de valores se decide por el más alto.

No siempre el ápice de la personalidad está constituído por una sola dirección de valores. No siempre la personalidad se organiza en torno a un eje central sino que existen varios ejes. No nos referimos a casos como Churchill y Einstein que en sus ocios,

el primero pinta paisajes y el segundo toca el violín. Evidentemente en ambos hombres los valores estéticos están subordinados a un centro vital: Churchill es el político y Einstein es el hombre de ciencia. Nos referimos a aquellos individuos que no consiguen un relieve de vida determinado y cuya personalidad oscila entre distintas direcciones de valor. Podría hablarse, quizás, de personalidades contrapuntísticas. Y cuando no hay acorde de voces contrapuestas, asoma la personalidad dramática.

Pero la estructura de la personalidad no es sólo un órgano aprehensor de sentido cuyas cuerdas espirituales vibran al ponerse en contacto con los valores de una situación dada, sino que es una estructura activa en grado eminente que se objetiva en el vivir. De este modo, al finalizarse a sí misma, la personalidad crea productos, que no son ella misma, pero en los que queda "fijada". Nos objetivamos en la palabra, en nuestros actos, en el trabajo profesional, en todas nuestras obras. Los valores de la personalidad, nosotros mismos en la zona profunda del yo, se hacen carne viva. Estos productos del espíritu, que de algún modo se introducen en el torrente de la vida histórica, sobreviven al individuo. Objetivada una vez la personalidad, sus productos se animan de una vida independiente de quien los creó. Pertenecen al dominio de la cultura. Cierto que hay objetivaciones volátiles, por decirlo así, como una conversación o simplemente cualquier gesto, pero cierto también que la palabra puede grabarse en un disco de gramófon y que la mímica facial puede registrarse en una película. El individuo que se realiza a sí mismo en el arte fija su personalidad en un material físico. La creación de un uso o costumbre no se encarna en ningún medio material.

El proceso de realización de sí mismo es asunto de la voluntad, tomando este vocablo en sentido amplio. En la formulación de proyectos y planes, en la postulación de fines, el individuo transporta los valores en el plano ideal concreto de la voluntad. Viene luego la selección de los fines adecuados y por último la realización misma. La voluntad es la función ejecutiva de la mismidad. En la realización de sí mismo se genera una fuerza en las fuentes mismas de nuestro sentimiento de fe. La fe es la quilla de todo nuestro pensar y hacer. Y fe es amor. Este es el sentimiento

que sustenta al hombre. Sin fe en nuestro ideal, sin fe en los fines de nuestra voluntad, no es posible la realización de sí mismo.

En la objetivación de los valores de la personalidad, el espíritu sabe aprovechar también las fuerzas naturales del alma. De ahí la "astucia de la razón", que según Hegel pone las pasiones humanas, vanidad, afán de gloria, orgullo, el odio incluso, y muchas otras más al servicio de la realización de sus propios fines. Sentimientos y pasiones son las substancias catalíticas de la estructura espiritual.

Aunque la fe "mueve montañas" y las pasiones inflaman al individuo, para la realización de sí mismo se requiere que las situaciones externas hagan posibles las disposiciones reales de valor de la estructura espiritual. De poco le serviría a un individuo poseer grandes disposiciones para las matemáticas si no tiene ocasión de nutrir sus talentos en los bancos escolares. ¿Podrá realizarse a sí mismo el pintor "nato" si no se le presenta la coyuntura de desarrollar sus disposiciones? Bergson tiene razón: la libertad consiste en hacer posible lo real. Reales son las disposiciones de valor en la estructura espiritual del individuo; la posibilidad de su objetivación depende en parte del individuo mismo pero en parte también de la sociedad en que vive. La libertad de un Estadc es directamente proporcional a las facilidades que tienen todos los ciudadanos para su formación. "Al deber que tiene el hombre de realizar su vocación corresponde su derecho de exigirle a la sociedad los medios de cumplirla". Grave mal corroe a una colectividad cuando no abre al individuo el camino de la realización de sí mismo. Porque si el individuo no se hace a sí mismo tampoco hace a la sociedad. La libertad —dirá Kierkegaard— consiste en barrer el mal en el mundo, en reducirlo a la nada. El filósofo danés expresa en forma negativa lo que el francés formula positivamente. Limpiar el mal del mundo es hacer posible lo real, y es dejar vía libre al individuo para que los valores de la personalidad sean los motivos de la conducta. Así se identifican lo que es y lo que debe ser, la realidad y el ideal. La libertad es la fuerza que hace desprender los valores del núcleo personal, los cuales pasan a la corriente histórica en

forma de bienes culturales. Por consiguiente, la libertad es el supuesto esencial de la vida del espíritu. Con razón dice Hölderlin en su Hyperion que sin libertad todo es muerto.

El individuo se realiza a sí mismo en la convivencia humana, especialmente en la profesión. El vocablo alemán Beruf significa profesión u oficio y también vocación. La profesión, por consiguiente, está íntimamente ligada a la personalidad. Desde el hondón del alma el individuo se siente llamado a una determinada actividad profesional para realizar su propia misión. Claro que a veces no se percibe otra cosa que el lamamiento ilusorio del deseo fugaz o simplemente de la imaginación. De ahí la necesidad de la orientación profesional. En su Wilhelm Meister, Goethe ha descrito magistralmente las relaciones entre la profesión y la realización de sí mismo. No se escapan a su certera visión ni los peligros de la especialización ni los del maquinismo moderno. Ni tampoco los medios para corregirlos. Con todas las limitaciones que expresan la disolución del individuo en la colectividad, la profesión es todavía hoy la situación más completa para vaciarse a sí mismo en un medio exterior. Ciertamente cada día son menos los que, como un agricultor del Wilhelm Meister, hacen del trabajo un juego y se divierten cumpliendo la dura obligación. Y quizás cada día son más los que por falta de medios adecuados tienen que contrariar su vocación con lo cual el trabajo se convierte en tormento. La realización de sí mismo va siempre acompañada de una honda satisfacción.

Nunca llega el hombre al fin del proceso de realización de sí mismo. La muerte nos encuentra siempre sin que se hayan revelado disposiciones de valor de la estructura cerrada de nuestra personalidad. Sin embargo, el hombre no puede ser lo que no existe en su núcleo personal. Sin realidad no hay posibilidad. Y la personalidad no es una estructura infinitamente abierta. La amplitud con que el hombre es capaz de realizarse a sí mismo depende de sus experiencias pasadas, pero está también condicionada por la forma de la personalidad. Creemos que el ser del hombre no sólo está limitado por su pasado, sino también por su propia naturaleza. No se trata de predeterminación sino de límites de lo posible. La personalidad sólo se forma y se vacía

en el marco de su propia realidad. O dicho con palabras del ilustre hombre de ciencia inglés Julian Huxley: "Todo biólogo sabe que los seres humanos difieren, en su equipo hereditario y por consiguiente en las posibilidades que pueden ralizar". Expresar estas posibilidades, fijarlas en un medio cualquiera significa seguir la propia naturaleza y andar por el camino que conduce a sí mismo. Este viaje hacia uno mismo constituye, como ha dicho una vez Goethe, la mayor felicidad de los hijos de la Tierra.

DISCUSION

DR. ICHASO: Y ahora, Sra. de Mantovani, le doy prioridad para que interrogue al Prof. Roura.

SRA. MANTOVANI: Muchas gracias. En realidad el trabajo tan instructivo del Dr. Roura se anticipa a todas las objeciones. De modo que casi no se sabría qué preguntarle. Sin embargo, a modo de una insistencia, no de una duda, quisiera yo preguntarle al Dr. Roura; ¿Cómo es posible que el hombre, que siente esa fuerte vocación de realizarse a sí mismo, como usted ha expresado, pueda alcanzar ese ideal en un mundo como el presente, en que lo asedian tantas sugestiones, tantas asechanzas y tantas fuerzas contrarias a su propia personalidad; cómo puede alcanzar ese ideal, cómo sería posible que lo alcanzase; si favorece el mundo contemporáneo eso o lo rechaza?

PROF. ROURA: El mundo contemporáneo, a mi juicio, no favorece nada la realización de sí mismo ni la expresión de la propia vocación. En primer término, por la excesiva división del trabajo, se supone el ejercicio de una parte de la personalidad a expensas del todo. En segundo lugar, por la estructura misma del mundo social en que vivimos. Cada día la sociedad absorbe más al individuo y se rompe aquel sano equilibrio que debe haber entre el individuo y la sociedad, en el cual el individuo vive en la colectividad, es colectividad, pero, a mi juicio, la colectividad debe estar al servicio del individuo; debe estar al servicio de la realización de sí mismo y tras la realización de la propia vocación, porque en último término lo que importa acaso, como decía Unamuno, es la propia salvación.

DR. ICHASO: ¿Alguna otra pregunta, Sra. de Mantovani?

SRA. MANTOVANI: No, muchas gracias.

DR. ICHASO: ¿Alguien desea hacer alguna pregunta u objeción al Sr. Roura?

DR. BEGUEZ CESAR: Dr. Roura, usted no ha tratado de hacer una síntesis de las tendencias humanas que obran sobre la personalidad. Me

gustaría conocer cuál es su punto de vista sobre la relación, acaso la antítesis hombre-mundo.

PROF. ROURA: Si he entendido bien la pregunta de usted, quisiera contestarla en ese sentido. El individuo no puede verse separado del mundo en que vive. El individuo y el mundo forman una perfecta unidad, cosa que ha expresado muy bien, como saben ustedes todos, en bellas palabras, Ortega, diciendo que el yo no es solamente el yo, sino el yo y las circunstancias. Y las circunstancias comprenden el mundo objetivo, el mundo natural, el mundo de la cultura y también la colectividad. De modo que, el individuo, la personalidad, lleva en sí este mundo objetivo y la colectividad. Las épocas de ascenso, a mi juicio, son aquéllas en que la relación entre el individuo y el mundo externo de la colectividad se equilibran. Tan pronto como se exagera uno de esos dos polos, se desciende. En nuestro tiempo hemos exagerado indudablemente, con las terribles consecuencias que todos lamentamos y que todavía no han terminado, la influencia de la colectividad en el individuo hasta el punto de absorberlo completamente, y hemos descuidado por entero el otro polo, el polo personal, que, lo repetiré, a mi juicio, es, si hay una predominancia, más importante que el otro, puesto que, todo el mundo externo está, a mi juicio, a la disposición de la vida personal. En Sócrates, este equilibrio me parece perfecto. En Sócrates, se ve justamente esta armonía entre el individuo y el mundo que lo rodea. En Sócrates, se ve también la primacía del individuo dentro de la armonía, puesto que cuando él pregona el conocimiento de sí mismo, quiere decir simplemente el conocimiento de los valores de su personalidad, especialmente los morales, a cuyo servicio deben estar todas las fuerzas del mundo exterior. Un polo ya netamente opuesto sería Hegel, de donde quizás en último término nos vengan todos los males de nuestro tiempo. En Hegel se enfatiza enormemente el otro polo, el polo colectivo y la personalidad queda aherrojada en este mundo social. A mi juicio, el pueblo que siempre ha representado un equilibrio entre esos dos factores, es el pueblo inglés. Ya lo dice bien Goethe en la "Teoría de los Colores" cuando habla de Newton. Goethe dice: es admirable este pueblo inglés porque sabe ser esencialmente comunidad y bien lo vimos en la guerra pasada, pero sabe también ser integralmente personalidad.

DR. ICHASO: ¿Alguna otra pregunta señores?

OTTO JEKEL: Dr. Roura, yo entiendo que para sacar la completa sustancia de su conferencia pudiera Ud. citar las doctrinas sociales que hacen más daño al desarrollo, o sea que ponen más cortapisas al desarrollo de la individualidad, y las que ofrecen más libertad, o sea el dilema entre libertad y autoridad. ¿Qué doctrinas son más propicias: las marxistas, las autoritarias, las religiosas escolásticas o las doctrinas libertarias-

PROF. ROURA: Si trasladamos la discusión de esta tarde del plano filosófico en que yo la he querido mantener y colocar, al plano realmente

social, le diré que a usted que toda filosofía política, toda ideología que suponga un naufragio del individuo va en contra del ideal de la personalidad y por consiguiente va en contra del ideal de la realización de sí mismo, puesto que coloca como valor supremo no los valores personales, sino los valores estatales, y para mí el valor Estado no es ni en mucho superior. Muy superior al valor Estatal, es el valor personalidad que, si ahora me permite usted orientar en un plano superior o en el plano de la teología, le diría que los valores encarnados son lo que hay de Dios en el hombre.

DR. CORSANEGO: Dr. Roura, ¿desde dónde cree usted que vive el hombre, desde una creencia, desde una esperanza, o desde la plataforma de sus instintos? Después de esta pregunta, quiero formularle rápidamente ésta otra: ¿y para qué, como consecuencia inmediata a la respuesta que me dé a la anterior, trata de realizarse a sí mismo el hombre?

PROF. ROURA: Mire usted, naturalmente un trabajo como el de esta tarde supone largos antecedentes, ¿verdad?; teníamos que haber hablado de la constitución de la personalidad, de su estructuración en estratos; teníamos que haber hablado de la base física de la personalidad, de la base psicológica; teníamos que haber hablado del espíritu y tenemos que haber visto qué es lo que el espritu es, etc., etc. El hombre para mí vive proyectado desde el espíritu. Cuando hablo de disposiciones de valor me refiero a la vida espiritual y todo en el sistema humano está al servicio de esta vida espiritual. Lo cual no quiere decir que todas las capas ni estratos de la personalidad no deban encontrar su satisfacción como ya Platón apuntaba en el Libro Nueve de la República, y también en el Fedro cuando nos ofrece una magnífica imagen de la constitución del ser humano. Ahora bien, respecto a la esperanza y a las tendencias, me acuerdo ahora del magnífico poema de Goethe, ya al final de su vida, cuando no pudiendo el hombre expresar las honduras de la personalidad se dió al simbolismo poético en las palabras órficas primordiales, cuando coloca la esperanza al final de las fuerzas que forman la personalidad, al lado del destino, al lado del héroe, al lado de las fuerzas vitales y al lado del Demon, o sea, simplemente lo que la individualidad lleva por nacimiento, y que desde luego desenvuelve en contacto con el mundo exterior.

José Manuel Pérez Cabrera

Valoración histórica de los hombres del 68

LA versión tradicional sobre el carácter y la significación de la Guerra del 68, tuvo a empeño destacar el papel principalísimo que la clase de los terratenientes cubanos había cumplido en la preparación y en la dirección del movimiento revolucionario, atraída y fijada la atención de los historiadores y de los sociólogos por los sacrificios de vidas y de haciendas que esa clase selecta había realizado con una profusión y un desasimiento singulares. Martí cuidó de advertir que lo peculiar y sublime de la guerra que se había librado en nuestro país, era "que los ricos, que en todas partes se le oponen, en Cuba la hicieron".

Enrique José Varona, en dos penetrantes estudios: el prólogo a la obra de Vidal Morales sobre **Hombres del 68, Rafael Morales y González,** escrito en 1904, y un artículo de periódico, **¿Abriremos los ojos?,** publicado dos años después, precisó, con maestría insuperable, las características y la significación de esa clase dirigente surgida durante la larga y oscura gestación social de la colonia: clase numerosa, rica, culta, de costumbre morigeradas, de extraordinaria influencia, sólidamente arraigada al suelo, cuyo núcleo lo componían las familias descendientes de los antiguos pobladores. Por todos y cada uno de los elementos que contribuyeron a su integración, la clase de los terratenientes brindaba las mejores condiciones para constituir un sólido punto de

apoyo y resistencia sociales, dotado empero de la plasticidad necesaria para consentir las sucesivas e inevitables adaptaciones que la transformación económica y política de la época exigiría.

Los gobernantes españoles, apunta Varona, cayeron sin embargo en la torpeza de creer que la odiosa institución de la esclavitud, fundamento de la economía colonial, era lastre suficiente para contener todo movimiento progresista en esta clase, y afincaron los puntales de su política en la población europea —española— adventicia, mantenida y aumentada por el creciente tráfico mercantil y por la burocracia.

Las consecuencias de este sistema equivocado fueron tan funestas para la metrópoli como para la colonia. El espíritu criollo fué madurando alrededor de un sentimiento de desafección hacia la vieja metrópoli, sentimiento que a la postre habría de trocarse, por lenta pero segura evolución, en una actitud de franca y manifiesta rebeldía, y cuando en 1868 sonó la hora del inevitable conflicto, España había perdido ya el amor de sus colonos, escarnecidos y humillados, y éstos, faltos de preparación política y militar, acudieron a las armas sin otro bagaje que su entusiasmo por elevarse a la dignidad moral de hombres libres y su firme, irrevocable propósito de no retroceder ante ningún sacrificio, por grande y doloroso que éste fuere.

El elemento social que poseía la riqueza y la aplicaba al trabajo, lidió así por obtener los medios de dirigir y orientar también la colectividad política, a la sazón en manos de la burocracia militar y civil mantenida en Cuba por España. Pero diez años de esfuerzos y sacrificios ingentes desembocaron en el amargo y desconsolador desenlace del Zanjón, y los cubanos que no habían logrado alcanzar el poder político, perdieron también la supremacía económica, ganada por una masa de población peninsular sin raíces en la tierra, merced a la vorágine de la contienda y a las confiscaciones.

Cuando se hubo disipado el humo de los últimos combates, concluye Varona, más que la riqueza destruída, más que las vidas segadas en flor, pudo Cuba llorar la derrota y desaparición de esa clase social, que tan generosa y patrióticamente se había inmolado por ella, y que, circunstancia infeliz, la dejaba

sin aquel apoyo y resistencia que tanto iba a necesitar para hacerle frente, muy en breve, a las nuevas transformaciones que en su organización industrial habría de imponerle el cambio verificado por los países más adelantados y progresistas del mundo.

Este modo de apreciar el valor y la significación de nuestros hombres del 68, criterio largo tiempo aceptado sin reservas ni discrepancias atendibles, fué objeto, hace poco más de un año, de una rigurosa y detenida revisión por un sagaz y avisado intérprete de nuestro proceso histórico, el doctor Ramiro Guerra y Sánchez, en su magnífico trabajo de recepción en la Academia de la Historia sobre **La Guerra de los Diez Años y su sentido profundo en la historia de Cuba.**

Ramiro Guerra no niega —no podía negarlo— que la clase terrateniente ocupara el lugar más destacado y de mayor influencia dentro del conglomerado de elementos diversos y disímiles que componían la sociedad cubana, y que, junto con los profesionales, que se hallaban situados en posición intermedia, ejercía una función formativa y directora de la opinión pública cubana, hasta donde esto era posible y hacedero dentro del régimen colonial, paralizador y sofocante; pero, y he aquí su gran acierto, se apresura a consignar que el poderío de esta clase no podía dimanar, de hecho, de su número, pues era una minoría, ni de su superior preparación, ni de su riqueza, ni de sus medios de vida, ni de su arraigo a la tierra. Su fuerza y su prestigio radicaban en su vinculación con las demás clases sociales cubanas y en la influencia material y moral que ejercía sobre las mismas. Aislada y apartada de ellas, sus medios de acción frente a los agentes del gobierno metropolitano y a los peninsulares adueñados del comercio, hubieran sido muy poco eficaces y hasta casi nulos en 1868.

Para Guerra, el historiador que acometa la tarea de estudiar, en nuestros días, el gran drama del 68, no puede reducir su indignación sobre la estructura social de Cuba, al examen de una sola clase (la de los terratenientes) por grande y decisivo que haya sido su papel; sino que se ve obligado a discutir y sopesar la participación de otros elementos o clases sociales no menos im-

portantes, aunque, claro está, en posición económica muy distinta y más modesta.

El ilustre académico fija su mirada en dos elementos sociales que desempeñaron también una función histórica de primer orden: la clase campesina pobre, blanca, nativa, que no era dueña de la tierra, sino arrendataria, aparcera y precarista en su inmensa mayoría (algunos de sus miembros solían buscar empleo en los ingenios, potreros y cafetales de la clase terrateniente, los guajiros operarios, como se les llamaba); y la población de color, negra y mestiza, libre y esclava, que residía asimismo en los campos y que se hallaba adscrita a la tierra casi en su totalidad. Los hombres de color libres eran, casi todos ellos, aparceros y precaristas (cierto número se ganaba la vida como arrieros, carboneros, leñadores o en otras ocupaciones campesinas); los de condición esclava, vivían en los barracones de los ingenios, en los cafetales y en los bateyes de las finca de labor, constreñidos a rendir una tarea agobiadora y brutal.

Los campesinos blancos pobres carecían de toda preparación y experiencia políticas y aunque reducidos a una situación miserable, sentíanse con cierta superioridad sobre el elemento español, comerciante peninsular o isleño agricultor. El guajiro más pobre, ha escrito José Gabriel del Castillo, aquél cuyo caudal se limitaba a su inseparable machete y a su caballo, se creía muy por encima del bodeguero más rico, y hasta los negros esclavos solían decir: "Quién fuera blanco, aunque fuera catalán".

Los hombres de color libres, negros y mestizos, disfrutaban de un nivel de vida un poco inferior al de los campesinos blancos y desde mediados del siglo XIX su proporción fué cada vez más alta comparada con la cifra de los esclavos. En vísperas del alzamiento de **La Demajagua**, en seis de las ocho jurisdicciones de Oriente, la gente de color libre era más numerosa que la de condición esclava.

Ramiro Guerra afirma, y afirma con razón, que para comprender el sentimiento profundo y hacer inteligible la Guerra de los Diez Años, hay que empezar por conocer la peculiar composición de la población del departamento oriental, en sus dos grandes secciones: la occidental, donde privaban los blancos y la

gente de condición libre, y la oriental, donde dominaban los hombres de color y eran numerosos los esclavos.

Esas condiciones demográficas y otras de índole económica peculiares a la porción oeste del Oriente cubano, habían culminado en un hecho de extraordinario alcance: el derrumbe, por efecto de un lento y apenas perceptible proceso, de la gran **barrera de contención** levantada por el temor a la abolición de la esclavitud y a las sublevaciones de esclavos, que el doctor Guerra, con frase feliz, compara con el desplome estrepitoso de las murallas de Jericó, al son de las trompetas del jubileo que embocaron los sacerdotes israelitas.

El obstáculo a la revolución independentista (el temor que inspiró las campañas de Arango y Parreño y de José Antonio Saco), desaparecía al grito vibrante de ¡Viva Cuba libre!, entonado muy pronto por casi todos los pueblos del departamento oriental. Y en un arranque incontenible de fervor revolucionario, los dueños de esclavos no sólo daban la libertad a sus siervos, sino que hacían por ellos algo de mayor alcance o trascendencia: los incorporaban, en su nueva condición de hombres libres, a la revolución por la independencia, y el esclavo, rotas sus cadenas centenarias, se transformaba también en libertador.

La insurrección oriental, concluye el doctor Guerra, fué pues un alzamiento de gente libre, blanca, mestiza y negra, que arrastró, desde su inicio, núcleos cada vez más numerosos de hombres de condición servil, para redimirlos de su infortunio. Los cubanos blancos, que iniciaran la conspiración y las hostilidades de la lucha, y lo dieron todo, familia, posición social, bienes de fortuna, la vida misma, con una decisión y una generosidad insuperables. La gente de color libre, negros y mestizos, se incorporó también a la revolución desde el primer instante, con una espontaneidad y una resolución análogas a las de los cubanos blancos, deseosos de lograr con su presencia y con su sacrificio, sus justas y urgentes reivindicaciones. Los hombres de condición servil, rotas sus cadenas por la voluntad de los revolucionarios, y animados por ansias instintivas de libertad, también supieron pelear y morir por la independencia.

Diez años de lucha, acercaron, compenetraron y finalmente fundieron, dentro de los cuadros del ejército libertador, a estos factores heterogéneos de la población cubana, indestructiblemente unidos en lo adelante en un plano de esencial igualdad para la realización de empresas y de ideales comunes; llenos de confianza en su propia capacidad para resolver los más graves y difíciles problemas de Cuba y con una fe ciega en la virtualidad y eficacia de los principios de libertad, independencia y democracia, por cuya consecución habían ofrendado su bienestar y hasta sus vidas. En esas nobles y generosas realizaciones, frutos sazonado de la revolución, ve Ramiro Guerra el más firme escudo para la seguridad y el adelanto futuros de la nación cubana.

La historia política, social y económica de Cuba, que tantas páginas esclarecedoras debía al talento y a la ilustración del doctor Guerra, adquiere una nueva deuda, muy difícil de pagar, con la publicación de ese magnífico ensayo, pórtico feliz de una obra más vasta y de mayores alientos, cuyo primer volumen se halla ya en los escaparates de nuestras librerías.

La falta de preparación de los colonos para la plena actividad política, trajo como legítima, inevitable secuela el sordo conflicto iniciado desde los primeros momentos de la guerra, como apunta Varona, entre las dos tendencias que dividieron a los cubanos, ninguna total y definitivamente vencida, aunque a veces ocupara una de ellas el primer plano y pareciera asumir la dirección del movimiento revolucionario: el **idealismo doctrinario,** "que hizo vivir a tantos patriotas en un mundo fantástico, en una especie de isla de ensueño, separada, como por un mar de ideas sublimes y fulgurantes, del suelo abrupto donde pugna, vence y reina la acción", y el **sentido práctico,** la visión certera de las cosas que poseyeron los menos; disputa dolorosísima, "que paralizó sus heroicos esfuerzos y esterilizó sus enormes sacrificios".

Sanguily había aludido ya (en 1886) "al idealismo cosmopolita, filantrópico y humanitario que se infiltró en las venas de la revolución desde temprano, para encender en ella, como fuego devorador, la ilusión y la quimera".

Céspedes, a quien el arranque soberbio de **La Demajagua** invistió con el título envidiado y envidiable de **padre de la patria cubana,** ve discutida su actuación y negada su autoridad por el Comité Revolucionario del Camagüey, que, surgido en el seno de una región con problemas sociales y económicos peculiarísimos, se propone destruir, desde un principio, el odioso sistema de gobierno que España mantenía en la isla de Cuba, sin transigencias ni aplazamientos que pudieran parecer claudicaciones, frente al criterio prudentísimo de Céspedes de subordinar a las necesidades y al empuje de la guerra, el establcimiento de un régimen democrático integral. Quiso el Comité y más tarde la Asamblea de Representantes del Centro, que le sucede, organizar de inmediato una república democrática, que estuviese dotada de su correspondiente constitución política, a fin de que el pueblo cubano supiese el porqué de la guerra y las naciones extranjeras conociesen la existencia de un gobierno revolucionario establecido sobre bases modernas y liberales.

La Constitución de Guáimaro significó el triunfo de las ideas y de los principios mantenidos por los revolucionarios del Camagüey. Ignacio Agramonte y Antonio Zambrana, corredactores del proyecto de constitución, deseosos de impedir el establecimiento de la dictadura cespedista, que muchos temían, se dieron a organizar una cámara de representantes dotada de facultades tan amplias que no tenía en la práctica "más limitación que la de respetar los derechos individuales" y que hizo a la postre "que el gobierno cubano viniera casi a ser una oligarquía" y se reprodujeran, agravándose, los conflictos y las disensiones.

Martí, con sagaz y finísima comprensión de hechos y de circunstancias, vió claro el fondo del problema y en fecha tan remota como 1877 ensayó, con mano firme, la defensa y la justificación de Céspedes.

La Cámara de Representantes, ansiosa de gloria, comenta Martí, votaba leyes de educación y de agricultura, en aquellos difíciles momentos en que el machete era el único arado posible; la batalla, la escuela; y la sangre, la tinta. Cécpedes, consciente de su responsabilidad, oponía a tanta ley inoportuna el veto inevitable.

El insigne bayamés persigue un objetivo rápido y único: la independencia de la patria, y cree que la unidad de mando es la salvación del movimiento revolucionario. La Cámara, que busca otra finalidad: lo que será el país después de la independencia, también tiene su razón; pero en el momento de la lucha, la razón mediata de la Cámara debe ceder ante la razón inmediata de Céspedes.

El héroe de La Demajagua, que teme perder el tiempo, que tanto necesita, concreta su aspiración en una sola frase: ¡Libres de España! De ahí el título de Capitán General que asume para no provocar cambios substanciales y ahorrarse asimismo largas y necesarias explicaciones. De ahí también su creencia de que cada discurso pronunciado es una legua perdida; porque el medio propicio para la tribuna es la paz, y el ambiente lógico de las revoluciones es la acción. Y en esa su premura de tiempo, está la explicación de todos sus actos, el motor de todos sus impulsos y la excusa y el perdón de todas sus faltas.

Pero en el fondo de estos antagonismos peligrosísimos, latía un morbo de destrucción que a la postre habría de producir el amargo fracaso de la ingente tarea emprendida.

Actos de indisciplina militar, verdaderas sediciones, adoptaron la máscara de solicitud de reformas políticas; hubo motines y deserciones en masa, desobediencias y desconocimientos, brotes absurdos de regionalismo... Y el Convenio del Zanjón le pone término infeliz a diez años de esfuerzos y de sacrificios inenarrables.

Los héroes, vencidos pero inconformes, toman la ruta de la emigración o se dan a la faena de reconstruir sus hogares deshechos. El guajiro cubano, que supo decidir con el filo de su machete tantas acciones gloriosas, se dispone de nuevo a empuñar con mano firme la mancera de su arado.

Los hombres del 68 tuvieron conciencia de la grandeza de la obra que habían realizado.

Calixto García, a quien Fernando Figueredo le ha comunicado su propósito de escribir unas apuntaciones sobre la Revolución de Yara, le anima, en 1883, a que no disfrace la verdad ante el temor de incurrir en el enojo de los censurados. La re-

lación puntual de nuestras dificultades y de nuestras faltas, desbrozará el camino a los que vengan después y les hará más fácil y practicable la áspera senda que habrán de recorrer, le dice. Y sintiéndose seguro del fallo absolutorio y laudatario de las generaciones venideras, añade a Figueredo: "No tema usted acusarnos y pintarnos como fuimos, con nuestros grandes defectos y con nuestras pequeñas virtudes. La posteridad dispensará los primeros y sólo recordará las segundas, teniendo en cuenta que hemos sufrido bastante para merecer el perdón".

Y Máximo Gómez, **primus inter pares,** diez años más tarde le apunta a Estrada Palma: "La Historia, sin duda, designará algún día con el honroso título de **Los hombres del 68** a todos aquellos que tomaron parte en aquella guerra gloriosa, y a fe que nos debemos sentir orgullosos todos los que combatimos con tesón y con lealtad, y al terminar como terminó, emigramos con la bandera y la esperanza".

Y la historia, después de haberles "mordido y recortado a su saber", según la gráfica expresión martiana, aun encuentra en la dignidad y en el patriotismo de estos hombres, "asunto para la epopeya".

DISCUSION

DR. ICHASO: Bien señores, hemos escuchado un enjundioso trabajo del Dr. Pérez Cabrera sobre un tema que cada día cobra más actualidad, a despecho del tiempo. Vamos a ver, Dr. Entralgo, usted que también es un estudioso de este tema, que ahora va a dar un curso en la Universidad de Oriente sobre él, ¿quiere hacer alguna pregunta o dirigirle alguna objeción al Dr. Pérez Cabrera?

DR. ENTRALGO: Una sola pregunta: ¿piensa el Dr. Pérez Cabrera que la causa fundamental del fracaso de la Guerra de los Diez Años fué interna?

DR. PEREZ CABRERA: Creo que sí, fundamentalmente interna.

DR. ICHASO: ¿Querría sustanciar un poco eso, Dr. Pérez Cabrera? Brevemente, desde luego.

DR. PEREZ CABRERA: Me parece ver en el fondo de la pregunta del amigo Entralgo la preocupación de la ayuda exterior, particularmente de los Estados Unidos.

DR. ENTRALGO: No, yo iba más bien por otro camino, por el de la indefensión que tuvo España, desde el 68 hasta el 76, en Cuba y la posibilidad de que, si la guerra se hubiese articulado en un gran movimiento nacional, no se hubiera quedado estancada en dos, casi tres provincias y hubiera podido vencer.

DR. PEREZ CABRERA: Precisamente por eso hice mi afirmación de que había fracasado por una acción interna, porque no hubo la articulación a que el Dr. Entralgo se refiere.

DR. ICHASO: De modo que el Dr. Pérez Cabrera cree que, si los cubanos se hubieran unido, si hubiera prevalecido aquella manera expeditiva de actuar que tenía Céspedes, tal vez se hubiera podido ganar la guerra, sobre todo en la etapa esa en que España no pudo poner en Cuba las tropas necesarias.

DR. PEREZ CABRERA: Sobre todo con la aspiración de Máximo Gómez a una invasión de las provincias occidentales.

DR. ICHASO: Bien, ¿está satisfecho, Dr. Entralgo? ¿Alguien del público desea hacer alguna pregunta?

OTTO JEKEL: Quisiera preguntarle si la polémica entre Céspedes y Agramonte es más o menos una repetición de la famosa polémica entre San Martín y Bolívar. Bolívar, comparándolo en este caso con Céspedes, que sólo quería autoridad para ponerse encima de los pueblos y San Martín, que miraba más a los pueblos que a su propia personalidad; en este caso Agramonte.

DR. PEREZ CABRERA: Bueno, creo no. Ni el tiempo, ni las circunstancias, permiten el paralelo. Céspedes es un hombre de autoridad y de reposo. Céspedes tiene antecedentes revolucionarios. En varias ocasiones ha sido detenido; ha estado confinado en Cuba; siente bien la inquietud revolucionaria; es un hombre impetuoso; ha ganado en las asambleas preparatorias de la revolución el paped de líder; lo ha arrebatado de las manos prudentes de Francisco Vicente Aguilera; ha demostrado siempre que es el jefe. Cuando la dispersión de Yara, dice aquella frase famosa: "aún quedamos doce hombres; bastan para hacer la independencia de Cuba". Cuando su hijo está por medio, dice aquélla otra frase famosa: "Carlos no es mi único hijo; soy el padre de todos los cubanos". Céspedes tiene condiciones de líder revolucionario. Ignacio Agramonte es mucho más joven. Agramonte es la inquietud; es la sagrada juventud de que habló el Apóstol Martí en el paralelo famoso. Puestos en presencia uno frente a otro, Céspedes es la prudencia, es la reflexión por la edad, es el sentido práctico a que alude Varona. Agramonte está en un momento doctrinario, idealista, soñador, y claro no pudieron entenderse. Hubo, como usted sabe perfectamente, aquel compromiso de la Asamblea de Guaimaro; pero después vino la reanudación de las cosas con el final lógico que tuvieron.

DR. ICHASO: Tenemos el gusto de tener aquí entre nosotros al Dr. Ramiro Guerra, el ilustre historiador, que acaba de ser citado elogiosamente en el trabajo del Dr. Pérez Cabrera. Nos gustaría oir de su boca alguna pregunta u objeción.

DR. RAMIRO GUERRA: Una pregunta breve sobre un asunto que ya se ha tratado, quisiera hacerle al Dr. Pérez Cabrera, a quien agradezco profundamente los términos en que se ha referido a mi modesta persona, la siguiente: ¿cree el Dr. Pérez Cabrera que si los cubanos hubieran tenido suficientes armas y municiones en la Guerra de los Diez Años hubieran ganado o no la guerra?

DR. PEREZ CABRERA: Bueno, doctor, creo que lo dije hace un momento y coincidíamos el Dr. Entralgo y yo. Si la acción hubiera podido extenderse a otras provincias cubanas, hubiéramos podido ganar la Guerra del 68. Había elementos para ello en calidad de hombres y en atrevimiento en la empresa. Se nos frustó por los antagonismos internos.

DR. GUERRA: Bueno, yo le he preguntado ésto de las armas, porque creo que en todo lo que se refiere a la Guerra del 68, se le ha dado demasiada importancia a los antagonismos interiores. En la Guerra del 68, lo grande, lo fuerte, lo decisivo era la guerra en sí; la guerra contra España. Y si los cubanos tienen suficientes armas y municiones, aún reducidos a tres provincias, ganan la guerra. Esa es mi opinión y por eso le hacía esa pregunta.

DR. PEREZ CABRERA: Yo la respeto mucho, doctor.

DR. CRUZ: Dr. Pérez Cabrera, ¿por qué razón cree usted que las provincias occidentales no cooperaron a la Guerra del 68?

DR. PEREZ CABRERA: Hubo muchos factores, doctor. En primer lugar, estaban en un estado muy distinto a las provincias orientales. El Dr. Guerra ha estudiado éso muy bien en cuanto a la población y ha publicado en su libro unos mapas muy elocuentes. Los esclavos van creciendo hacia occidente y decreciendo a su vez la población blanca importante. Esta composición étnica distinta hacía muy difícil la guerra en las provincias occidentales. Además, quizás faltara el caudillo. Antonio Zambrana, en su folleto famoso "La República Cubana", habla de la inquietud de la provincia de la Habana, de la capital misma y dice: "quizás la falta de un caudillo fué la que impidió el levantamiento de las provincias occidentales".

DR. BEGUEZ CESAR: Dígame, doctor Pérez Cabrera, le he oído hablar a usted sobre el criterio de valoración. En los criterios de valoración deben de analizarse todos los factores concurrentes. Le he oído hablar a usted de los terratenientes, de los hombres libres, de los hombres esclavos. ¿Qué hay de la clase media de Cuba; intervino en la guerra o no? Amén de éso, yo quisiera que usted me dijera ésto: si las conclusiones del Octavo Congreso de Historia de Cuba, celebrado en

la ciudad de Santiago de Cuba, sobre si el pueblo de Cuba intervino o no en nuestras guerras libertarias, son a su juicio correctas.

DR. PEREZ CABRERA: En cuanto a la primera pregunta, yo creo que expresé con bastante claridad cual era la composición de la población cubana de esa época, ¿verdad?, los elementos sociales que contribuyeron a la Revolución. No para reducir el papel de los terratenientes a una posición inferior, sino sencillamente para dejarlos en su verdadero papel. Los acompañaron dos clases sociales como dije: la clase campesina, pobre, nativa y después la clase de color, en sus diversos aspectos. Había junto a la clase de terratenientes un grupo de jóvenes que eran verdaderos hombres de clase media. Se fueron de La Habana, se fueron de las provincias, se fueron al campo de la revolución a pelear. En cuanto a esos acuerdos del Congreso de Historia no los recuerdo en este momento.

DR. ICHASO: ¿Alguna otra pregunta?

DR. DE ARMAS: Yo quiero preguntarle a mi querido amigo y compañero de estudios, Dr. Pérez Cabrera, o por lo menos decirle que, perdóneme, a su brillante trabajo le ha faltado decir una cosa final, y es que de todos modos la Revolución del 68 ha sido una de las revoluciones más asombrosas que se han hecho en la historia del mundo y decididamente en toda la América. Yo creo que en su final podía haber dicho algo referente a éso, el Dr. Pérez Cabrera, en su admirable trabajo.

DR. PEREZ CABRERA: Mi querido amigo Susini de Armas y compañero de estudios en efecto, yo dije al final que en el patriotismo de estos hombres, en su dignidad había, se encontraba asunto para la epopeya, y la epopeya es la manifestación más alta de la vida de los pueblos.

DR. ICHASO: Una última pregunta.

SRTA. CARMEN SCOTT: Dr. Pérez Cabrera, yo quería preguntarle ¿a qué atribuye usted el alejamiento de Martí de todo éso?

DR. PEREZ CABRERA: Bueno, en primer lugar, durante esta revolución, cuando yo cité la frase de Martí en el 77, Martí está en Guate mala. Martí estuvo en La Habana, como ustedes recuerdan, en el 69, con aquel periódico "Manuscrito del Siboney"; después con "La Patria Libre"; va al presidio; marcha de Cuba; se educa entonces e instruye en España; vuelve después a Guatemala. Yo no me atrevo a decir sin fundamento alguno cuál es, la causa por la cual se mantuvo alejado; quizás no le gustara el sesgo que había tomado la Revolución. En esa carta del 77 que él dirige a Máximo Gómez, que no llega a enviársela, le dice que él prepara un estudio sobre Céspedes; que él sufre porque no pelea, pero que, sin embargo, de algún modo quiere contribuir a la causa de la Revolución.

Elías Entralgo

Montoro y los autonomistas

EL tema que se me ha propuesto para que a mi vez se lo proponga a ustedes en esta radiodifusión de la Universidad del Aire es el de estudiar al Partido Liberal Autonomista como un fenómeno histórico de afirmación cubana. Para mí lo fué desde su matriz: el Pacto del Zanjón. En uno de los pocos trabajos de revisión histórica que se han producido entre nosotros, Domingo Méndez Capote le salió al paso al antiguo concepto revolucionario, tan precipitado como exagerado, que presentaba al famoso Pacto como página negativa para nuestro proceso histórico, vindicándolo con esmerada dialéctica como documento positivo. Méndez Capote pudo verlo alumbrado por mejores luces: las luces experimentales de sus resultados y consecuencias. Ese trato implicó un reconocimiento de la personalidad revolucionaria por el gobierno de la Metrópoli. El Pacto no fué una mera capitulación militar, puesto que intervinieron en él quienes tenían cargos civiles de la insurrección y se estipularon en el mismo ciertas cláusulas de trascendencia política y social. Por el nuevo sentido de respeto a la dignidad del pueblo cubano iniciado en el Zanjón cesó el régimen de gobierno asentado en el capricho unipersonal existente desde 1511 y de manera especial ratificado en 1825 con la real orden de las facultades omnímodas. A la exclusiva libertad del único gobernante para interpretar la real gana, sustituyó la comprensiva libertad de los gobernados para expresar su pensamiento por los medios entonces existentes en los países democráticos contemporáneos, aunque con algunas li-

mitaciones. El Zanjón abrió una nueva era y contribuyó primigenia pero decisivamente a ensanchar la conciencia liberal y hasta separatista de los cubanos. Antes de ese acuerdo, la política de nuestro pueblo tuvo esporádicamente que recluirse en el sigilo de la conspiración o reducirse a movimientos minoritarios autofactuales de dirigentes sin contactos con las multitudes. Desde 1878 se sientan las bases para que la vida pública se organice en esas amplias, coherentes y expansivas instituciones que son los partidos.

Siguiendo la clásica división bipartita de las democracias occidentales, que se engendra fundamentalmente en una apreciación a la vez temporal y polar por virtud de la que a un lado colócase el pasado con su apego a la tradición y al otro el porvenir con su impulso de progreso, en el estadio de la política cubana **postzanjónica** aparecieron dos partidos: el de Unión Constitucional, para defender los privilegios integristas y asimilistas de la Metrópoli, y el Partido Liberal, para explayar los derechos descentralizadores de la Colonia. Si he de ceñirme disciplinadamente al asunto señalado, no debo añadir una palabra más sobre aquella tendencia conservadora, dejando en ese dibujo, que juzgo claro, la indispensable referencia a su situación histórica.

El Partido Liberal de los tiempos factoriles nació, pues, con un pacto de paz, el del Zanjón, y caería en coma con un tratado de paz, el de París, que desconociendo por igual al Partido Liberal Autonomista y al Partido Revolucionario Cubano, no respetando por lo tanto a las corrientes políticas en que estaba dividido nuestro pueblo, queda como un acontecimiento negativo en la verdadera historia de la cubanidad. Tenemos, por ende, que la primera afirmación cubana de los autonomistas lo fué de paz. Y fueron fieles a esa herencia que llegó a ser para ellos algo así como condición de vida. Por tal motivo condenaron siempre todas las formas de la violencia, lo mismo cubanas que españolas. Y ahí residió el anverso de su virtud primorosa, pero también el reverso de su defecto primordial. Una política de paz lo es de entendimiento y comprensión; en otras palabras, una política de inteligencia. Pero para que la misma fructifique se precista que haya entendimiento, comprensión, inteligencia, en las dos partes tratantes, por medio de un curioso y preciso mecanismo de recí-

procas tolerancias y transigencias, que cuando se practica durante algún tiempo puede llegar a convertirse en hábito. Los autonomistas, que eran estudiosos constantes de la política colonial inglesa, creían que con la española se podían alcanzar los mismos resultados. Aquí estaba su error de más peso. Inglaterra se había parecido a España y a todas las naciones imperiales en la rapacidad de sus conquistas y en la dureza de su dominación; pero el decurso histórico trajo una disimilitud: la independencia de los Estados Unidos enseñó a Inglaterra que, cada vez que advirtiera cierta madurez política en uno de los territorios por ella dominados, debía ceder algo para no perderlo todo. Y es que la política inglesa moderna provenía de las raíces liberales de la Reforma. Por el contrario, España hizo su imperio con los moldes absolutos y dogmáticos del Catolicismo. Por ello, el gran fin del Partido Liberal, la implantación de la autonomía, radicaba en regiones de ensueño. Cuando la lograron, debida a una fuerte presión internacional, era ya muy tardía, fué muy efímera, y resultó tan ficticia que es fácil probar cómo los autonomistas hicieron mucho más por el progreso económico, jurídico, político y social de nuestro país sin la autonomía que con ella. El mantenimiento de una política de paz a todo trance partía, pues, del supuesto no sólo del primado de la inteligencia, sino de lo que llegaba a ser algo así como el **unicado** de la misma. Ese sería, quien sabe, el ideal; pero esa no es la realidad. El ser humano, además de inteligencia, posee voluntad y sensibilidad; y por esto último tiene emociones, pasiones e instintos. Todavía no ha aparecido que sepamos el más óptimo de los hombres, el a la vez psicólogo y cirujano que logre extirparle a la humanidad las pasiones y los instintos. Y en el fondo de la actitud del Autonomismo, no exenta, a veces, de las influencias románticas de la época en el ambiente cubano, pese a que se estimaran en posesión de la verdad realista, latía por no se sabe qué suerte de entelequia ese tipo humano que creía resolverlo todo por la inteligencia, ignorando el ámbito de la sensibilidad.

Los autonomistas necesitaban de la paz para el desarrollo de sus ideas. He aquí la segunda afirmación cubana del autonomismo: la fe en las ideas. Con ella le entregaron a su pueblo lo mejor que

albergaban en el espíritu. Y por esto todos sus planteamientos estuvieron movidos por una gran elevación que ni en los momentos más adversos descendió al arroyo. Desenvolviéronse en una atmósfera de objetividad, principalmente atenta al estudio de la problemática cubana, y ajena al caciquismo, el caudillismo, el fulanismo y cualquiera otra manifestación del predominio personalista en la existencia política. Practicaron así la más abarcadoramente sabia y justa de las funciones públicas: la de educar al pueblo. Trataron de llegar a él por los medios comunes en el vivir público democrático de las naciones occidentales en la centuria décimonona: la prensa, la tribuna política, la académica y la parlamentaria.

Estoy así diciendo que la tercera afirmación cubana del autonomismo fué la creencia en el sistema democrático, desenvuelta a través de esos métodos. Claro que conviene puntualizar aquí ciertos extremos. Los autonomistas trataron de llegar al pueblo cubano por los procedimientos de que disponían dentro de las limitaciones de las circunstancias sociales, económicas y políticas. Nunca tuvieron oportunidad de conocer las reacciones populares más amplias y decisivas, porque jamás dispusieron del sufragio universal, y el restringido que les concedían las sucesivas legislaciones metropolitanas fué casi siempre falseado por el fraude y la violencia. Publicaron un periódico en La Habana, que podríamos denominar central, y otros órganos de opinión en la propia Capital y en varios lugares de la Isla; pero si quiere medirse el alcance de esa forma de difusión de sus doctrinas hay que acudir a las cifras de analfabetos de las estadísticas y a la escasez de vías de comunicación, sobre todo en las regiones orientales y en la extrema occidental. El formato de los diarios autonomistas estaba dentro de las costumbres periodísticas de la época. No tenían más que cuatro páginas. La primera y la última se destinaban a anuncios; la segunda y la tercera a redacción e información. La segunda plana abríala el editorial, caracterizado por la sesudez orientadora. Reproducían los discursos de más tradición conmemorativa o de más relieve parlamentario. La información acogía en mayor número las noticias locales, pero no descuidaba las internacionales, y concedía preferencia a las

de índole cultural, sobre todo en los folletines semanales. Los momentos más trascendentes en la evolución del país o de la propia tendencia política singularizábanse por la publicación de manifiestos, que a veces se divulgaban en hoja suelta.

La tribuna política fué uno de los extremos en que se puso más de manifiesto la organización y disciplina del partido. Como los autonomistas no eran políticos profesionales, sino vocacionales, tenían que ganarse la propia subsistencia y la de sus familias con el trabajo de otra profesión —por lo general, la de abogado— durante los días laborables de la semana, y al final de éstas es que podían acudir a los mítines. En épocas de campañas políticas, ellos congregábanse en la casa del presidente del partido, una vez a la semana, por la noche, los miércoles —si no recuerdo mal la información que me dieron otrora— y entonces se acordaba el reparto de temas entre los oradores para la próxima reunión pública: a uno le tocaría tratar la cuestión económica, a otro la financiera, a otro la social, a otro la jurídica, a otro la política, a otro la administrativa, etc. Aquellos hombres, talentosos, ilustrados, con bien provistas bibliotecas, poníanse a ordenar sus ideas desde el miércoles hasta el domingo, y lo que en este día brotaba en conjunto por los labios de todos era un verdadero ideario público cubano. Las asambleas desenvolvíanse, por lo común, en un ambiente sosegado, propicio al lógico raciocinio y a la bella palabra, con el público cómodamente sentado en un teatro o en una sociedad de recreo, sin recibir los mayores impactos de la naturaleza tropical. A ocasiones la palabra tribunicia en serie, casi siempre contenida, cedía el puesto a la única conferencia académica, todavía más meditada y preparada. Puede asegurarse, sin temor a duras, que la tribuna autonomista no fué proclive a exacerbar la improvisación. Así pudo producirse aquella constelación de oradores, no registrada en tales proporciones de cantidad cualitativa en la historia de nuestras letras ni antes ni después. La variedad de temas que trataban complementábase con la diversidad de estilos. Tenían un equipo para satisfacer los más distintos gustos de los oyentes. El que se contentara con el resumen, breve de conjunto, corto de párrafo, claro de raciocinio, correcto, severo y reposado de expresión, te-

nía a José María Gálvez. El que anhelara facilidad de palabra, ligereza en los movimientos, confluencia de la sensitividad y de la imaginación, tenía a José Antonio Cortina y a Miguel Figueroa. El que quisiera dominio de la tribuna, facundia verbal, notables variantes en el gesto, el ademán y la actitud, tenía a Carlos Saladrigas. El que deseara la nota pintoresca, folklórica, el panorama de la tierra nativa, el modismo vernáculo, el dialogismo intencionado a tono con el **choteo**, la observación psíquica o social del carácter cubano, tenía a Rafael Fernández de Castro. El que prefiriera el sólido contenido de ideas políticas predominando sobre la forma, no exenta de contrastes, con una elocución solemne y majestuosa, tenía a Eliseo Giberga. El que se inclinara a la argumentación contudente, la formidable dialéctica, el estilo conceptuoso —con apoyo en doctrinas ajenas y en definiciones propias—, la agudeza crítica salpicada de gracejo satírico, equilibrado y sereno, equidistante de la fina esencia de la ironía y del líquido corrosivo de la mordacidad, que con ciertos movimientos —lenta pronunciación, gesto persuasivo, ademán reposado, actitud desdeñosa— caía como agradable condimento en el paladar cubano y como molesta irritación en la sangre española, tenía a Antonio Govín. El que gustara de las supremas armonías del fondo y de la forma, tenía a Rafael Montoro. Por su gran talento, por su disciplinada formación, por su variadísimo saber, por los acontecimientos intelectuales y políticos en que le tocó intervenir y hasta por el mucho tiempo que vivió, ha devenido Montoro la figura más representativa del Autonomismo. El título del tema asignado me obliga a dedicar a su personalidad la segunda parte de la disertación.

(Suspendida la lectura de la misma hace algunos domingos para cederles estos micrófonos a los profesores extranjeros de la Escuela de Verano de la Universidad de La Habana, por singular acaso se está difundiendo la presente audición el día en que justamente cúmplense diecisiete años de su deceso).

II

Desde niño comenzó a andar por los territorios de la cultura en viajes a Europa y a los Estados Unidos y en el aprendizaje

de los principales idiomas de Occidente. En Madrid terminó los estudios de segunda enseñanza y cursó los de la carrera de Derecho hasta la obtención del doctorado. Y así fué asimilando un saber, tan extenso en asuntos literarios como en problemas económicos, tan vasto en ideas estéticas como en conceptos políticos, tan amplio en teorías filosóficas como en conocimientos jurídicos. Con tales pertrechos penetró en 1876, a los veinticuatro años, en el famoso Ateneo Científico y Literario de Madrid con una conferencia sobre **La Revolución Francesa** y sus historiadores, terciando por entonces en las discusiones de esa docta casa hasta 1878, y adquiriendo, en definitiva, por su variedad y su riqueza de vocabulario, por su conocimiento de las reglas gramaticales y la aplicación de las mismas a las gracias literarias y por su pronunciación exquisitamente castiza, un completo dominio del idioma castellano. Refiérese que por aquella época sometió al juicio de Ríos Rosas un estudio sobre la Revolución de Septiembre, y que el orador español aconsejóle que abandonase la inclinación por los estudios históricos y se consagrase por entero a la tribuna, para la que le advertía peregrinas aptitudes. Siguió el consejo, y su innato germen oratorio encontró, en aquellas discusiones ateneístas madrileñas, abonado terreno para acrecentarse. Al volver a Cuba en 1878 —ya estimulado también por el elogio de Gumersindo Azcárate, el aplauso de Labra y la celebración de Canalejas— halló en la situación intelectual el mismo espíritu polémico, acogiéndose a él desde las íntimas veladas literarias de la **Revista de Cuba,** para seguirlo cultivando en las más públicas del **Liceo Artístico y Literario de Guanabacoa.**

Si de relevantes calidades físicas necesita el orador. según los tratadistas de teoría literaria, fuerza es confesar que en ese sentido la naturaleza surtió a Montoro: el cuerpo alto y esbelto, la cabeza grande, la frente dilatada, los ojos azules de suave y sonriente mirar, el semblante cubierto por barba y bigote, su figura, en fin, erecta y majestuosa, le ganaba a **priori** la simpatía del auditorio. Si las cualidades morales del orador son como la fianza de aquellas ideas que él trata de llevar a la conciencia de sus oyentes, Montoro se captaba el respeto de las multitudes por la sinceridad, por la convicción, por la honradez y por la fir-

meza con que defendía su credo político. En lo referente a lo estético, los discursos de Montoro se distinguen por la selecta elaboración, la estructura ordenada y metódica, la unidad, la abundancia de conceptos y el espíritu de tesis.

Elegido diputado por el distrito de Puerto Príncipe en 1886, su primer discurso en las Cortes, el 19 de Junio de ese año, excitó, por el atrevimiento de su fondo, enorme resonancia, y despertó, por la sobriedad de su forma, extraordinaria admiración. Lo primero, porque mientras los congresistas cubanos se habían limitado, hasta entonces, a criticar los presupuestos de Ultramar y a pedir tibias reformas financieras, Montoro describió con intensas pinceladas la pésima situación económica, social y política de Cuba, combatió enérgicamente las pocas y desacertadas medidas con que la Metrópoli había tratado de resolverla, censuró con valentía el silencio que guardaba sobre esos extremos el discurso de apertura de las Cortes por la Corona, y presentó como enmienda al mismo y como solución al problema cubano el establecimiento de la autonomía integral. La prensa madrileña (**El Globo, El Imparcial, El Progreso, El Liberal**) aclamó el discurso y recogió algunas alabanzas de los grandes parlamentarios que lo escucharon. Romero Robledo decía: "Es un discurso fundamental. El mayor triunfo del señor Montoro es haber conseguido que se le oiga sin ninguna protesta". Castelar detuvo un momento en el salón de conferencias a un noticiero para manifestarle: "¡Qué palabra tan hermosa! ¡Qué corrección, qué facilidad tan admirable! ¡Ya tenemos un orador más!" Un elocuente diputado ministerial exclamaba: "En diez y siete discursos no dicen mucho oradores lo que Montoro ha dicho en una hora".

La última expresión es harto significativa. Compendia los defectos coetáneos de la tribuna española, sintetiza a un grupo de oradores tan fecundos en palabras como estériles en ideas, tan preocupados de la sonoridad como descuidados de la doctrina, tan amigos del sentimiento como enemigos del raciocinio. Apartado Montoro de los vicios de esa escuela por el buen gusto y el criterio sagaz y penetrante que, quizás, le formaron sus estudios de los estetas alemanes; muy influído en sus frecuentes

lecturas de Chamberlain, Everett, Russell, los Durhams, Lord Salisbury, Pitt, Lord Castlereagh, Parnell, Sexton, Herrington, Corbett, Vermon Harcourt y, sobre todo, Gladstone —que tales son los que cita en sus discursos— por la concisión y la severidad inglesas, armonizó esas características con la amplitud y la cadencia españolas, dotando, en definitiva, a su estilo, de una sobriedad elegante, en que se unen la escasa adjetivación y la corta puntuación a la armonía de la cláusula y la gravedad del párrafo.

La peculiar musicalidad castelarina, tan sonora como ampulosa, llegó también a él; pero supo transformarla hábilmente en un ritmo más suave y sencillo que se trasunta con exactitud en la siguiente optación final con que también terminaré este bosquejo de su individualidad: "Vosotros, habitantes de esta provincia oriental tan feraz y tan hermosa; vosotros, como mis animosos electores del Centro, estáis en favorables condiciones para alcanzar legítimos triunfos electorales. Para que éstos sean decisivos sólo es gnecesario que os resolváis a obtenerlos. Por vuestro esfuerzo, pues, alcanzaremos nuevos triunfos, y la sucesión de éstos traerá al cabo grandes y gloriosos días para la patria y para la nación misma de que somos hijos. Así adelantaremos lentamente en el gran trabajo histórico a cuyo término podemos vislumbrar la realización de aquel hermoso sueño del gran Lamatine, cuando en este transparente y luminoso Mar de las Antillas, tan espléndido, tan encantador, tan sereno y misterioso, rodeado de tan múltiples encantos por la próvida mano de la madre naturaleza, veía destacarse gloriosamente, en lejanos horizontes, las Islas Británicas de lo porvenir..."

III

Si alguno de ustedes, mis oyentes en este salón, me preguntara cuál es la afirmación actual del Autonomismo entre nosotros, yo contestaría que aún tiene resonancia jurídica, y que toda nuestra codificación —exceptuando la de Defensa Social— y muchas de nuestras leyes administrativas —exceptuando las que redactó, durante la segunda intervención norteamericana, la Co-

misión Consultiva, de la que también fué miembro Rafael Montoro— son las que promulgara en Cuba el estado español por las campañas y gestiones del Partido Liberal Autonomista.

DISCUSION

DR. ICHASO: Y ahora, Dr. Pérez Cabrera, le doy la oportunidad de hacerle alguna pregunta u objeción al Dr. Entralgo.

DR. PEREZ CABRERA: Quisiera que mi querido compañero, el Dr. Entralgo, me respondiera esta pregunta. ¿Cree él, como pensaba Rafael María Merchán, que la epopeya del 68 sirvió mucho a los autonomistas, aunque ellos no lo quisieran entender así, para sus peticiones cerca del Gobierno español, es decir, ¿vió España detrás de los autonomistas, con mucha frecuencia, el fantasma revolucionario?

DR. ENTRALGO: Bueno, yo creo que sí, que constantemente se les estuvo enarbolando. Esa fué la gran tragedia del Partido Autonomista, como la de todos los movimientos centristas, verse cogido entre la espada y la pared; por una parte, los revolucionarios y por otra parte, los integristas del Partido Unión Constitucional. Montoro mismo, en los primeros tiempos, tiene alusiones a que ellos se consideran como continuadores de la Guerra de los Diez Años; Cortina, hasta que murió, hacia el año 85; y, Figueroa, hasta sus últimos tiempos. Si Figueroa no se muere, mucha gente piensa que hubiera formado parte de la Revolución del 95, como ya había formado parte como conspirador, en París, de la del 68, en la que también había conspirado el propio Cortina y de la que procedía José María Gálvez, que había sido escritor satírico durante la Guerra de los Diez Años, y algunos otros de los integrantes, Espotorno, por ejemplo, y algunos de los que por Oriente formaron parte del Partido Autonomista procedían de la Guerra de los Diez Años también.

DR. ICHASO: ¿Alguna otra pregunta, señores?

DR. RAMIRO GUERRA: En primer lugar, felicito a mi estimado compañero, el Dr. Entralgo, por su brillante trabajo. Me permito hacerle una pregunta, sobre una cosa que es hipotética, en cierto sentido, pero que creo es pertinente. La Guerra de los Diez Años o la Revolución de los Diez Años, al romper todas las trabas que establecían esa división de clases, a que hizo referencia en su trabajo, el Dr. Pérez Cabrera, ofreció oportunidad a que un campesino que no era ni siquiera cubano, como Máximo Gómez, encontrara el camino para llegar a descollar entre los grandes libertadores de la América, y abrió la oportunidad también para que de un modesto arriero, como Maceo, pudiera hacerse uno de los más brillantes héroes de las luchas por la libertad de nuestro país. De otros campesinos orientales, como por ejemplo, Vicente García, a

pesar de todas las sombras que cercaron su nombre, se forjaron también héroes de primera categoría. Y la pregunta es ésta: ¿cree el Dr. Entralgo que el régimen autonomista le hubiera ofrecido esas oportunidades a la gente, de abajo, del pueblo, siendo como era una especie de aristocracia intelectual? Y ¿no cree que si su respuesta es negativa, como creo yo que ha de ser, eso explica la infecundidad del Partido Autonomista?

DR. ENTRALGO: Bueno, yo después de darle las gracias al Dr. Guerra por su generoso elogio que mucho estimo, debo responderle lo siguiente. En efecto, el Partido Autonomista tiene dos extremos. Por una parte, es un partido de clase media, porque no eran ricos sus hombres ciertamente; eran profesionales que vivían de su profesión y muy rara vez se daba el caso del rico. Cada vez que daban un viaje a España para tomar parte en las Cortes tenían que hacer una suscripción para costearse el viaje y la estancia en Madrid, Generalmente no iban nada más que en la época en que estaban abiertas las Cortes, sobre todo cuando se iba a tratar el problema de Ultramar. Tenía, por lo tanto, el aspecto de un Partido de clase media; pero no es menos cierto que es un Partido que no nació de abajo hacia arriba, sino, por el contrario, de arriba hacia abajo. La Junta Central ejercía un absoluto control sobre todo el movimiento del Partido desde La Habana. Ella determinaba los diputados que debían postularse por los distintos distritos, etc. Y aún cuando le dieron cabida, ya hacia el año noventa y pico, si no recuerdo mal, a Martín Morúa Delgado, un hombre de color, que llegó a formar parte de la Junta Central del Partido, sin embargo ya Morua tenía hecha una personalidad intelectual, como periodista y como novelista, y no se podría considerar, aunque fuera un hombre de color, un hombre de abajo, del pueblo. Así que yo creo que el Dr. Ramiro Guerra tiene razón: es un movimiento que surge, quizás para entretener a la historia, para que no estuviera vacía esa etapa que va del Zanjón al 95.

DR. ICHASO: ¿Alguna otra pregunta? El Dr. Susini de Armas.

DR. DE ARMAS: ¿No cree mi ilustre amigo el Dr. Entralgo, que el Partido Autonomista vino a ser como una continuación del Partido Reformista de los tiempos del Conde de Pozos Dulces?

DR. ENTRALGO: Bueno, el Partido Autonomista recordó siempre con mucha insistencia que las ideas de Saco eran para ellos fundamentales y recuerdo que en sus últimos tiempos le oí decir a don Rafael Montoro que el ideario de Saco era "la gran cantera del autonomismo". El libro sobre la Junta de Información que se tradujo al francés, y que es una recopilación hecha por Valiente, lo estimaba él como una fuente de su movimiento. Y, en efecto, el Partido no negó nunca sus raíces tradicionales, evolutivas, que había que irlas a buscar en el movimiento anterior al reformismo, en el Conde de Pozos Dulces?

DR. DE ARMAS: Quisiera hacerle otra pregunta al Dr. Entralgo, aunque quizás él no se haya referido a esa parte de la vida del Dr. Mon-

toro. ¿Usted no cree que fué muy honroso para Montoro y para Cuba el hecho de que, al terminar la última Guerra de Independencia, se quedara aquí en Cuba, para servir a Cuba?

DR. ENTRALGO: Yo creo que sí, porque él se encontró entonces en una situación muy especial. Por una parte, usted recordará que él llegó a estar designado profesor de Filosofía de la Historia, en la facultad de Filosofía y Letras. Sin embargo, se desataron las pasiones políticas y él inmediatamente presentó la renuncia. Hizo aquella declaración en el Partido Unión Democrática, que trató de atraer algunos autonomistas como él, y como Govín, etc.; hizo la declaración de que a tiempos nuevos hombres nuevos. Tenía ofertas muy estimables para ir a España, de periódicos, de universidades, y prefirió quedarse en Cuba. Después realmente sirvió a la República con una honestidad ejemplar. Montoro, como se sabe, no tuvo más bienes de fortuna que dos casas regaladas por suscripción popular, como una reivindicación por haberle apedreado la suya un señor, (en fin, no vamos a hacer ahora referencia a eso) que aspiraba al cargo del Secretario de la Presidencia; como no se lo dieron, reaccionó mandándole apedrear la casa a Montoro. En el caso de Montoro uno se puede decir: hay quienes se juegan la vida, pero después se pasan el resto de ella jugando con la bolsa de los demás. Montoro no se arriesgó nunca a jugarse la vida, pero nunca jugó tampoco con la bolsa ajena.

Emeterio S. Santovenia

MARTI

HABLAR de lo que en José Martí hubo de afirmación creadora es tanto como tocar lo esencial de su vida y obra. Hasta el advenimiento de Martí pudo Cuba estar —que no estuvo— yerma de ideas y hechos trascendentes. Para compensar un largo período de abstenciones y acidias, de haber existido, habría bastado la presencia de él, capaz por sí solo de llenar enormes vacíos en el camino de la fundación y consolidación de instituciones concebidas para la prosperidad material y la salud espiritual de los hombres. Su espíritu creador alcanzó calidades maravillosamente únicas que en su acción y en su obra se manifiestan con una eficacia impar y ejemplificadora.

Con prescindencia del eco de sus palabras y del recuento de sus actividades, palabras y actividades que no dejan lugar a dudas, es posible mostrar la capacidad de Martí para plasmar y alzar labores transmutativas recordando las conclusiones a que llegaron eminentísimos contemporáneos suyos. Reflexivamente, y no por meros arranques de simpatía o de afecto, obraron respecto de Martí hombres de la calidad de Máximo Gómez, Juan Gualberto Gómez, Enrique José Varona y Manuel Sanguily, pilares de esa difícil construción que fué la nación salida de sus mentes y manos bajo el genio tutelar del apóstol y organizador de la independencia. Apreciaron con tanta exactitud la capacidad productiva y transformativa de Martí que por ellos quedó todo comprendido y dicho. Conocieron por dura experiencia la magnitud de los

obstáculos y reveses que Martí afrontó. Y sus opiniones reflejaron actitudes admirativas sólo propias entre grandes caracteres.

Máximo Gómez y José Martí entraron en relaciones después de la guerra cubana de los Diez Años. Se encontraron en una de las encrucijadas de la emigración de patriotas de la Isla. Planes enderezados a reanudar la lucha de las armas por la independencia quedaron un día privados de la que hubiese podido ser excelente colaboración entre el primero de los militares nacidos en las Antillas y el pensador que se iba ganando el corazón de América. El infausto suceso tuvo caracteres de ruptura sin remedio ni atenuación. Sin embargo, consagrado luego Martí a la tarea de atenuar asperezas, olvidar enojos, unir fuertemente y crear con la firme e irrevocable determinación de producir mudanzas fundamentales en la vida pública de Cuba, se dirigió a Gómez, sin más ni más, para ofrecerle la jefatura del futuro Ejército Libertador. A cambio de inmensas responsabilidades y de extremas abnegaciones, que no serían una novedad para Gómez, ¿qué le prometió Martí? Martí prometió a Gómez, en una de las grandes circunstancias históricas de América, estos ácidos frutos: el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres. Y era tal el crédito que merecía Martí por su don suasorio, y por las fuerzas morales que en sí atesoraba, y por la fe que infundía en torno suyo, y por la profundidad y honradez de sus convicciones, que Gómez, desasido de resentimientos, respondió a la singular invitación con la más franca aceptación, sin reservas mentales ni pueriles condiciones.

De Juan Gualberto Gómez pudo decirse por quienes de cerca seguían sus pasos en largos años de tormenta patriótica que era un parigual de Martí por la altura de las ideas, por el alejamiento de las zonas del odio y por el apego a la fraternidad humana. A mi parecer, un parecer con marca de posteridad, Juan Gualberto Gómez fué el cubano que estuvo más próximo a Martí en la órbita de las aptitudes y virtudes creadoras. Martí, en horas de fundación, puso a Gómez entre sus elegidos, entre los elegidos para guardar sus mayores secretos políticos y para usarlos en honra y beneficio de comunes ideales, sin más norma que aquella según la cual el uno podía leer en su propio corazón

lo que el corazón del otro dictaba. Y Gómez, el hijo de esclavos llegado a lo sumo en la consideración de hombres libres, vió en Martí al guía indiscutido y al eximio intérprete de los derechos y anhelos del pueblo cubano.

Enrique José Varona ascendió en el concepto público por la raigambre de sus pensamientos, por la solidez de sus saberes y por la recta orientación que quiso dar a sus aspiraciones en relación con la existencia cubana. Ya se hallaba de vuelta de sus experiencias en la política autonomista cuando advirtió en Martí nada menos que la presencia del hombre necesario para encabezar una cruzada contra el desengaño, el pesimismo y la dificultad. El meditador no se equivocó. Precisamente sus extraordinarias facultades intelectuales le permitieron tener a Martí por el vigoroso y sereno conductor sin el cual era imposible reencender en los descorazonados lidiadores y prender en los nuevos paladines la certidumbre de que no en vano podía esta Antilla reanudar las hazañas de la guerra —de la guerra necesaria de que hablaba quien a la vez era tierno y férreo forjador de un destino mejor—. Varona reconoció en Martí toda una concreción de altos valores morales y cívicos.

Lo de Manuel Sanguily y sus relaciones con Martí estuvo lleno de interés. El veterano de la Guerra de los Diez Años, crítico insigne y orador gradilocuente figuró a la cabeza de los manifestantes de la inconformidad cubana en el período de dominación colonial posterior a aquella heroica contienda, cabalmente en la época en que Martí se afanaba por lograr la compenetración de todos los separatistas de la Isla, de adentro y de afuera, con la mira de dar la batalla final al poder metropolitano. Sin embargo, en tales momentos históricos Sanguily no obró en concierto con Martí, a quien casi compadecía viéndolo entregado a una faena que, aunque digna y necesaria, podía resultar estéril. Al cabo, los esfuerzos de uno y otro coincidieron. Y de labios de Sanguily salieron palabras reconocedoras de la excelsitud del Apóstol. Donde la mayor parte de sus paisanos, y la más favorecida de dones del entendimiento, veía la ley, el orden y el progreso, él veía sólo el desorden, el estancamiento y la fuerza, y mientras casi todos creían inconmovibles la paz pública, él es-

taba seguro de que la protesta armada pronto encontraría la ocasión favorable de sacudir el continente incompleto y desequilibrado, porque acaso era el único que no se equivocaba, por amar de veras la libertad, falseada o mal servida en su tierra, y por amar a su pueblo, calumniado por los que lo explotaban y aun por los mismos que, procurando e invocando su ventura, desconfiaban de sus aptitudes para ser feliz en el ejercicio normal de la absoluta soberanía.

Lo que de Martí pensaron y dijeron, ya en una forma, ya en otra, ilustres contemporáneos suyos, como él, preclaros servidores de la causa de la independencia de Cuba, resultó fiel trasunto de una de las bellas y fecundas realidades de que nuestra tierra fué testigo y objeto en el siglo XIX. Porque el organizador de la final jornada de la emancipación patria reunió en sí prendas y resortes morales que tuvieron carácter de privilegio. Le tocó atarearse y guiar en días dificilísimos, y él trabajó con sencillez sólo igualada por su ilimitada fe en el esfuerzo de que era conductor. Cuando otros juzgaban extemporáneo y baldío todo empeño heroico, él anunció y precipitó el milagro de juntar a los creyentes en la oportunidad y eficacia de una tarea creadora. Mientras otros se espantaban ante la idea de una nueva lucha bélica en suelo de la Isla, él acendró la convicción de que aquella que llamaba guerra necesaria se haría sin odios y se desarrollaría bajo la influencia de las palabras suyas que hablaban de la forja de una república cordial, con todos y para el bien de todos.

Lo afirmativo en Martí existió por gracia y efecto de su esencial condición de constructor. De él cabe aseverar con la mayor exactitud que pensó en destruir, y quiso destruir, y llegó a destruir, sólo para construir, y no con otra finalidad, a la manera del director de una sólida edificación que hasta de las excavaciones para cimentar saca materiales que aprovecha en la propia obra. Su máxima creación, por necesidad patriótica y urgencia histórica, fué la consagrada a desuncir a Cuba del yugo colonial y ponerla a vivir con la majestad y el decoro privativos de una nación enteramente libre en lo político, justamente organizada en lo social y sabiamente conducida en lo económico.

A los tres objetivos acabados de apuntar atendió Martí en los febriles años que dedicó a juntar y organizar los elementos indispensables para lograr el ingreso de Cuba en la comunidad de las repúblicas democráticas que se iba alzando sobre el haz de la Tierra. Sus conclusiones no fueron emitidas en discursos improvisados ni en páginas literarias. Las concibió felizmente. Las elaboró con serenidad. Las puso en circulación como para que fuesen pesadas y medidas por cuantos estaban llamados a determinarse acerca de la grave cuestión pública que era la transformación politicosocial de su patria.

En las bases del Partido Revolucionario Cubano, su gran fundación política, Martí condensó magníficas aspiraciones, que eran otras tantas afirmaciones. Propósitos de esta creación suya fueron los siguientes: a) moldear un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud; b) hacer una guerra para el decoro y bien de todos los cubanos y entregar a todo el país la patria libre; c) reemplazar el desorden económico en que la Isla agonizaba con un sistema de hacienda pública que abriese aquélla a la actividad diversa de sus habitantes. He aquí, en poquísimas palabras, expuestos los lineamientos de medulares soluciones en lo político, lo social y lo económico.

El desarrollo de sus esfuerzos políticos y revolucionarios se adecuó a ideas lanzadas a la circulación con meridiana claridad. En otros pudo haber dudas o vacilaciones acerca de la índole y el alcance de la tarea en marcha. En él, no. A una interrogación levantada respecto de sus miras y de las miras de sus seguidores, en hora grave, pudo responder que él y los suyos continuaban la revolución para el beneficio equitativo de todas las clases, y no para el exclusivo de una sola. A los soberbios había de pedirse el reconocimiento fraternal de la capacidad humana en los humildes. A los humildes debía recomendarse, con la vigilancia indulgente e infatigable de sus derechos, el perdón de los soberbios.

De sus apetencias públicas hizo sustanciosa enumeración con motivo de recibir, como el más grato de los cumplimientos, la

autoridad delegada de cubanos emigrados. Quería y propugnaba grandes cosas: la Isla sana y trabajadora, la confianza y el respeto entre todos los que habían de vivir juntos, la independencia nacional por efecto de la cordura colectiva, la justificación con la madurez republicana del oprobio de haber esperado tanto para entrar en la familia de las naciones, el ordenamiento de la guerra como si ya se estuviese en ella y con la rapidez y el sigilo de ella y la realización de estos fines sin dar un paso atrás ni un paso en falso. En todo lo así expresado aspiraba a responder a las necesidades de un pueblo nuevo y bueno. El más somero recuento de sus procederes permitió siempre advertir la armonía entre sus dichos y sus hechos. Cada hecho, sobre responder al dicho, fué una afirmación en el movimiento ascensional de la patria cubana.

Con admiración y gratitud ha de verse cómo el apóstol y organizador de la independencia de Cuba imaginó soluciones originales para los conflictos presentes en esta Antilla. En lo político, adoptar como ley primera de la Nación el respeto a la dignidad plena del hombre. En lo económico, obtener el bienestar de todos los habitantes de la Isla por medio de la guerra republicana. En lo social, defender la redención del hombre en la libertad de la patria.

Martí nutrió anhelos de naturaleza varia, desde los más personales hasta los más universales. Pero mayormente lo exaltaron y empujaron a realizar máximos esfuerzos y extremos sacrificios los anhelos nacidos del amor patrio. Así, siendo en él innata la facultad de producir afirmaciones, las más vigorosas y constructivas fueron las que precipitaron la transformación de Cuba. Afirmaciones fundamentales suyas, tan fundamentales como las primeras piedras de una colosal construcción:

1. La organización del Partido Revolucionario Cubano con profundo sentido de responsabilidad patriótica, con real espíritu de sacrificio y con disciplina severa en el fondo y suave en la forma.

2. La total y sincera unión de los aspirantes a la independencia de la Isla, bajo la doctrina y la autoridad del Partido

Revolucionario Cubano, caso sin par en el largo proceso de las luchas redentoras del pueblo de la Isla.

3. La ofrenda de su propia vida en los campos de Cuba libre, combatiendo contra los enemigos de su causa, único sacrificio que le quedaba por tributar a su patria para asegularle un porvenir dichoso y posesionarla de la gloria sin sombras del más cabal de sus creadores.

La fundación del Partido Revolucionario Cubano, con procedimientos singulares y fines raigales, alcanzó la categoría de máxima y única agencia política de los aspirantes a la independencia de la Isla. La estrecha e imperturbable unión de quienes pensaban y sentían así fué suceso ciertamente insólito entre los hijos y servidores de la Isla. La postrera ofrenda del prócer, su caída en posición de mártir y héroe por la hora histórica en que ocurrió, supuso para su patria la consolidación del privilegio de contar entre sus hombres mejores a uno tenido por supremo entre iguales.

Hay un solo punto, uno solo, en torno al cual todos los cubanos tenemos la misma elevada opinión. Es el punto señalado por la presencia histórica de Martí. Ninguno de nosotros discute las excelencias del Apóstol, ni osa dudar de la pureza de sus ideas y hechos. Y la única fuerza humana capaz de hacer coincidir en absoluto a todos los nacidos en esta tierra es la proveniente del espíritu de Martí. He aquí la más permanente y poderosa de las afirmaciones cubanas.

DISCUSION

DR. ICHASO: Señores: sin duda alguna, esta lección que acaba de dictarnos el Dr. Emeterio S. Santovenia ha estado a la altura de nuestra esperanza. Y ahora, Dr. Roberto Agramonte, siguiendo nuestra costumbre, le ofrezco la oportunidad de hacerle alguna pregunta u objeción al Dr. Santovenia en relación con su admirable trabajo.

DR. AGRAMONTE: Yo deseo felicitar al Dr. Emeterio Santovenia por su magnífico enfoque de la personalidad y la labor del Apóstol de nuestras libertades, José Martí. Se ha dicho muchas veces que el genio surge súbitamente, aisladamente. La obra de pensamiento y de acción de Martí fué, sin duda, un producto del genio. La pregunta que yo le

haría al Dr. Santovenia es ésta: Sin una tradición previa de pensadores, de poetas, de juristas, que existió en Cuba antes de Martí, ¿su genio podía haber madurado tan cabalmente?

DR. SANTOVENIA: Me es muy grato responder a la pregunta del maestro Roberto Agramonte. Ya advertí al principio de mi disertación, hipotéticamente, que Martí pudo haber llenado todos los vacíos que hubiese habido en Cuba, de no haber existido ya esa larga tradición de pensadores, juristas y creadores, a que se refiere el Dr. Agramonte. Efectivamente, esa tradición existió, y creo firmemente que el genio de Martí pudo desarrollarse en los términos en que para nuestra dicha, para la dicha de Cuba, puede hoy admirarse, gracias a esos gloriosos antecedentes. El mismo Martí dijo en una de las definiciones que dió del genio que no era sino conocimiento acumulado. Y bien podemos pensar que en el caso de él, el conocimiento acumulado de lo que ya había ocurrido en Cuba en la acción, en el pensamiento, sirvió de base fundamental para que su genio se manifestase plenamente al servicio de Cuba y de fundamentales ideas humanas.

DR. ICHASO: ¿Alguna otra pregunta, Dr. Agramonte? Bien, Dr. Santovenia, sin que sea abusar de mi condición de presidente, yo quisiera dirigirle también una pregunta. Desde luego, hay en su conferencia múltiples aspectos que incitan, no a la polémica, casi siempre infecunda, sino al diálogo. Pero hay sobre todo uno al final, cuando usted dice que los cubanos, que discrepamos en tantas cosas, siempre coincidimos en Martí. De manera que Martí resulta nuestra gran figura unitiva, nuestro prócer vinculador por excelencia. Y yo me pregunto, sin embargo, ¿se conoce suficientemente a Martí? ¿No es todavía demasiado incompleto el conocimiento que tenemos del Apóstol? En nuestras escuelas, por ejemplo, se estudia Martí en la Historia, se le estudia en la evolución literaria y cultural del país, pero se le estudia en forma fragmentaria no, a mi juicio, con la debida dimensión. ¿No cree usted que de Martí, por la trascendencia de su personalidad y de su obra, por lo que significa para el pueblo cubano, debiera hacerse un estudio especial, monográfico, a partir de la primera enseñanza hasta la enseñanza superior?

DR. SANTOVENIA: En la disertación que tuve el honor de hacer en la Universidad del Aire, en la última sesión del curso anterior, me referí a la necesidad de abordar el conocimiento de Martí como uno de los recursos con que Cuba cuenta para superarse. Entonces tuve oportunidad de referirme a una vieja iniciativa del Dr. Ichaso, que abogó hace años por el establecimiento oficial del conocimiento de Martí, y dije entonces, y repito ahora, que efectivamente el conocimiento de Martí es una de las materias que Cuba debe de tener más en cuenta cada vez que trate de crear nuevos medios de superarse a sí misma. Naturalmente, el conocimiento de Martí debe iniciarse en la escuela primaria y a eso tendió una iniciativa que yo llevé a un proyecto de ley, que

tuve la desgracia de que vetase un Presidente de la República; pero no ha de limitarse el conocimiento de Martí a la enseñanza elemental. Creo que en la segunda enseñanza debe continuarse lo que intensamente se inicia en la primera enseñanza y que la Universidad debe completar ese estudio de las ideas y de los ideales de Martí. Tengo entendido que ya nuestra Universidad, la Universidad de La Habana, ha tomado en serio la necesidad de acometer el estudio de todo lo grande y creador que hay en Martí.

DR. ICHASO: Bueno, la idea está lanzada, se puede decir que está en el aire. ¡Ojalá que nuestras autoridades educativas sepan recogerla y convertirla en una realidad! ¿Quiere decir algo Dr. Susini de Armas?

DR. DE ARMAS: Solamente que en la Universidad tenemos hace unos 8 ó 10 años un seminario martiano, que dirige el Dr. Gonzalo de Quesada con mucho éxito, y una cátedra martiana en que, cada año, un profesor nacional o un profesor extranjero diserta sobre algunas facetas de la vida o de la obra de José Martí.

DR. ICHASO: Muy bien. ¿Alguna pregunta del público?

DR. SARDIÑAS: Dr. Santovenia, es para insistir en el tema que planteó el Dr. Ichaso. Si el espíritu de Martí hoy nos coordina, ¿cómo es posible, cómo se explica el hecho político? Quisiera escuchar su opinión sobre éso, más que contestar a mi pregunta. ¿Cómo se explica que este pueblo haya soportado este medio siglo de escándalos políticos si está en nosotros el espíritu juntador del Apóstol?

DR. SANTOVENIA: Con mucho gusto contesto a la pregunta sagaz del Dr. Sardiñas. Creo que está implícito, en lo que estamos diciendo aquí, el hecho por el cual no se produce el fenómeno de que Cuba haya ascendido en la escala moral y política gracias a las doctrinas de Martí. Cuando abogamos porque se propague el conocimiento de Martí, estamos confesando que gran parte de la población de Cuba está en ayunas acerca de todo lo que hay de grande, en amor y en creación, en José Martí. Cuando lleguemos a eso, es decir, a llevar a la conciencia de cada cubano desde el que se considere más preparado, porque hay cubanos que se consideran muy preparados y desconocen a Martí, hasta el más humilde, y entre los humildes suele encontrarse gente muy conocedora de la esencia de Martí; cuando eso se produzca estoy seguro de que la suerte de Cuba, en lo moral y en lo político, será muy distinta de la que hoy tenemos que lamentar.

DR. ICHASO: ¿Alguna otra pregunta?

OTTO JEKEL: Dr. Santovenia, era para preguntarle, ¿en qué período ha sido más ofendido, y denigrado el nombre de Martí?

DR. SANTOVENIA: Creo que en todos los Gobiernos que ha tenido Cuba, desde que es República, ha habido sectores en los cuales se ha cultivado lo de Martí. Y sectores, desgraciadamente en los más abun-

dantes, donde se ha ignorado a Martí. Hay que decir que cuando se constituyó la República, Martí era casi un desconocido para la inmensa mayoría del pueblo de Cuba, y que hoy se ha ido avanzando en eso, y desde luego me parece que en esta obra de ascención ha participado la población y hasta algunos de los gobernantes que han cubierto este medio siglo de vida republicana.

DR. ICHASO: Bien, ¿alguna otra pregunta?

DR. CORSANEGO: ¿A qué atribuye el Dr. Santovenia esa riqueza desbordante de Martí, por la cual hasta lo más dudoso y pésimo de nosotros debe entrar en la bienaventuranza y afirmación de la República?

DR. SANTOVENIA: Atribuyo eso al al hecho de que Martí era esencialmente un creador y no se concibe un creador de cuerpo entero si no tiene una fé ilimitada en todas las reservas de su país, aún en aquellas reservas que aparentemente están melladas o carcomidas, pero que por efecto de la virtud de los grandes hombres y de los caracteres enteros pueden convertirse en materiales para llegar a los más y a lo mejor que es deseable en un pueblo.

DR. BEGUEZ CESAR: Dr. Santovenia, insistiendo en la pregunta del Dr. Agramonte, pero haciéndola un poco más concreta, esa tradición cultural a que hizo referencia el Dr. Agramonte, ¿acaso se refiere a los autonomistas? ¿Qué concepto le merece a usted la doctrina del Partido Autonomista? ¿Acaso sirvió de base para la segunda labor de Martí? ¿Es una doctrina que pudiéramos llamarla de entretenimiento o es una cosa seria, formal?

DR. SANTOVENIA: Bueno, es una convicción mía que los autonomistas, que cometieron la candidez de esperar de España lo que España no podía dar, como el mismo Martí dijo, realizaron una obra patriótica, contribuyeron a la educación del pueblo de Cuba, inculcaron en muchedumbres de cubanos que ignoraban el sentido de la libertad aún después de una guerra crudelísima de diez años, lo que la libertad significa para un pueblo. Y algunos de ellos, que luego sirvieron a la República, como Rafael Montoro, creo que fueron a ésta lealísimos. Por eso yo siempre menciono con veneración los nombres de estos grandes cubanos que, aún habiendo caído en el error a que antes me refería, dedicaron la mejor parte de su vida durante muchos años a mejorar la situación moral de Cuba, a hacerle comprender al pueblo cubano cuáles eran sus derechos y a batallar por la conquista de estos derechos por la vía que ellos creyeron más factible.

Roberto Agramonte

Enrique José Varona

BIEN merece Enrique José Varona, el legatario de la generación de la república, una lección dedicada a su figura en este curso de afirmaciones nacionales. En la célebre conferencia del Maestro acerca de Emerson, advertía éste que si Europa será siempre nuestra gran maestra para las tradiciones del pasado, la América será cada vez más el gran laboratorio donde el presente ensaya las nuevas experiencias que han de rejuvenecer a la humanidad. Varona fué, en este sentido, uno de los forjadores de la conciencia de la nueva América. Así lo proclamó, desde Europa, la **Revista Filosófica** dirigida por Ribot. Así lo declaró el crítico José M. Guardia, cuando al releerse las **Conferencias Filosóficas,** manifestó que la Isla de Cuba en ese fin del siglo XIX tenía una escuela de filósofos muy diferente de las que por aquí —por Europa— han echado a perder la filosofía. Y en efecto, el pensamiento abstracto y concreto ha tenido en Cuba una vigorosa tradición, una intensidad y una continuidad histórica, que se han manifestado, a juicio del maestro argentino Francisco Romero, con un desarrollo singularmente precoz. En Varona esta tarea alcanzó las proporciones de un verdadero magisterio, constituído no sólo por una severa contribución en el campo de la ciencia y del pensamiento abstracto, por la opulencia de su acervo estético, sino también por la resonancia de su magistral y continuada amonestación respecto a la cosa pública de su patria.

En otros trabajos sobre nuestro Mentor he desarrollado la división que se hace explícita en toda su obra: una mitad en

que su filosofía es académica, sistemática, orgánica, optimista; y otra mitad, contrapuesta a la primera, en que su pensamiento es vital. fragmentario, crítico y escéptico. En ambas esferas está siempre presente el fino filósofo doblado en el tipo psicológico que Spranger describe como **homo esteticus.** Porque hay un modo o forma literaria de pensar sistemática, y un modo sistemático. O para decirlo con los términos de Walter Pater, el sobrio estilista inglés, hay una filosofía de sistemas y una filosofía de problemas. El hecho es que en la América en este tiempo existe una variedad de figuras sobresalientes que emplazan los intereses especulativos en la zona central de su espíritu. Tal fué el caso de Varona, y por ello Rodó, en epístola de 1900, al dedicarle su **Ariel** le insta a hablar a la juventud de América como el Próspero de su libro, aquel maestro inmortalizado por Shakespeare en **La Tempestad,** que escrutaba los secretos de la vida, pero a la vez tomaba parte activa en ella.

A fin de aludir a la estructura de su pensamiento, debe decirse que éste se ubica en el de los espíritus alertas de su tiempo. En un momento en que el positivismo se ha convertido en una doctrina extendida, debido al asombro que ha creado en las mentes el formidable desarrollo de todas las ciencias —la matemática, la física, la astronomía, la medicina experimental, las ciencias de la comunicación— Varona parece inclinarse a la formulación, no radical de Comte, sino al positivismo de Littré, cuyo **Diccionario** considera como una obra de coloso, y cuya vida fué consagrada a embellecer la condición de sus semejantes. Si bien ya hoy, sobre todo después de las investigaciones diltheyanas sobre las ciencias del espíritu, carece de vigencia el positivismo, precisa subrayar, como lo hizo Nietzsche, que fueron sus porta-voces los últimos idealistas del saber, pues su voluntad de verdad a toda costa, su fe en el valor incondicional de la verdad y la ciencia, hacen de ese credo una forma sutil y refinada del espíritu ascético. Así fué ese atenerse humildemente a las cosas, a los fenómenos sin saltar por encima de éstos, a veces con extravagancias, pero planteando los problemas más geniales y vivos de toda la filosofía. Martí, consecuente con su cosmovisión basada en el idealismo de la libertad, señalaría que el positivismo

fué "secuela que sólo pecó, en la pelea justa contra el falso ideal, por la negación de la existencia mejorable y permanente". Francisco Romero ha de considerar a Varona la mayor figura del positivismo iberoamericano.

Cuando se examinan las conferencias de Lógica, de Psicología y de Filosofía Moral de Varona parece como si se hubiese suprimido toda la filosofía primera, como si la filosofía central se hubiese desintegrado en el conjunto de las ciencias particulares; pero no es así, pues sus principios matrices hay que encontrarlos en su **lógica**, que es una teoría de la ciencia.

Sus **Conferencias de Psicología** constituyeron un verdadero suceso científgico de su tiempo. Construyó un sistema biomentalista, basado en la teoría del conocimiento orgánico de los fenómenos mentales, reaccionando frente al introspeccionismo puro, y equilibrando la dosis de lo biólogo con lo psíquico, sin desconocer todo lo que la ciencia psicológica debe a la fisiología del siglo XIX. Más de una vez se produjo contra doctrinas, como la de Gall sobre las localizaciones, calificándolas de incompletas; y si no dejó de considerar teorías como la de la energía nerviosa como ondas de transformaciones isoméricas, jamás consideró los procesos de la inteligencia y de la voluntad como meras funciones del sistema nervioso. Con razón el argentino Adolfo Carpio estima la obra psicológica de Varona como uno de los mayores documentos en América de esta disciplina. Varona superará en organicidad y en cabalidad las tendencias condillasianas o krausistas de los maestros cubanos que le precedieron. El es, frente a las producciones fragmentarias, el clásico que a todo da acabamiento.

Muy influído por el pensar evolucionista, especialmente de Spencer, como lo fué Justo Sierra en México, Varona da mucha importancia a la idea de cambio, al tránsito de toda la realidad de lo simple a lo complejo, y a los factores ambientales. Para él, aun lo que parece más sólido, se hace inestable: se desmorona: leyes instituciones, sistemas, creencias. Todo pasa. Aspiramos a la eternidad, no queremos cambiar, y el cambio es lo único eterno. El énfasis en lo ambiental es subrayado por él. Pide que el nivel de las costumbres se eleve, que las instituciones se cimenten en

la justicia y la libertad. Puede decirse que gran parte de las colaboraciones de Varona en la **Revista de Cuba,** y de otros eminentes escritores, que ejercieron influjo en los últimos veinticinco años del siglo XIX, tuvieron un cariz evolucionista. En su tesis de 1893, que es un breviario de diez páginas, desenvuelve el apotegma de "vivir para el semejante", como base de la idea de progreso.

Pero sus conceptos más vitales y entrañables han de encontrarse en los aforismos que recogió bajo el título de **Con el Eslabón** y en muchas de sus producciones meramente literarias. Allí encontramos, junto a pensamientos de tono pesimista, otros llenos de fortaleza. Reclama en el hombre la unidad de la vida, en esta bella máxima: "Respeta tu pensamiento, no lo prostituyas; no te hagas traición a ti mismo". A través de su lectura vemos al trabajador de pulso certero e infatigable, cual lo demuestran las dos mil fichas que componen su bibliografía. El pensaba que la ociosidad era un veneno lento, pero seguro; y que más vale coleccionar sellos usados, monedas viejas o piedras de rayo que desenmarañar la madeja infinita de las horas en blanco..."

Su pesimismo fué sin duda resultado de la ineficacia del esfuerzo continuado y egregio en pro de nuestro efectivo mejoramiento como república libre y soberana, experiencia amargada más de una vez durante las circunstancias políticas en que intervino como personaje principal. Así hizo esta confesión: "¡Triste, triste! ¡Cuántas veces hubiera querido que estas chispas fueran rayo que alumbrara las conciencias, que inflamara los corazones! Y una voz secreta me ha canturreado en son de fisga: mera literatura..." Creía sembrar en la arena y escribir en el viento, pero no fué así, pues sus mejores lecciones de austeridad, de sobriedad, de fortaleza, de ánimo, están impresas en la conciencia de los mejores cubanos. Su escepticismo tuvo siempre el contrapeso creador. No quiso nunca como amable beocio dormir a pierna suelta en el mullido colchón de un optimismo cándido, pero tampoco se adueñó de su conciencia un derrotismo inane. Por eso exigió un hacer efectivo. "No sé yo —dirá decididamente— que la actitud de los hombres ante ningún peligro, aunque

nazca éste de las leyes que presiden la vida social, deba ser nunca la del abandono musulmán; no creo que sea actitud digna de ningún hombre, digna de ningún pueblo, la de envolverse la cabeza en el albornoz y esperar que los hados insensibles cumplan su obra".

Desde los días en que el psicólogo Alejandro Bain elaboraba la doctrina de la persona, Varona estuvo atento a sus razonamientos. Quería Varona que la persona fuese un supuesto insustituible de todo suceso o transformación. No hay una razón universal —aleccionaba Bain—; suponer una bondad o una verdad independientes de los juicios del sujeto, sería asemejarse al hombre que oyendo cantar en coro supusiera una voz abstracta universal, distinta e independiente de las voces particulares". De ahí que para Varona la experiencia tiene un carácter intransmisible. De ahí que la vida moral no es tanto acción como acción reflexiva, y la conciencia no es un estado ni una mera reacción, sino agente que sabe ante qué y cómo reacciona. Con Warner Fite podría haber declarado el maestro cubano: "Asegúrate de que tus palabras y tus hechos están dotados de significación, y que aquéllas no son meros gestos o sonidos: tal es el sentido total de la verdad'.

Con el conjunto de ideas previas —que claro está, apenas quedan esbozadas por nosotros— Varona pasa al reino de lo educativo. Su propósito está claramente expresado en esta consigna: "Necesitamos ponernos con infatigable empeño a levantar el nivel moral, a engrandecer el alma, a dignificar el carácter del pueblo cubano". Para él educación no era mera utilización de técnicas para la transmisión de conocimientos, sino formación, autorrealización de la persona humana. Ya desde 1877 en su estudio titulado **Juegos de la Infancia,** propone nuevas normas educativas. Quiere crear maestros, que lleven a su vez gradualmente al niño hasta la cabal y hermosa florescencia de un entendimiento cultivado, y formar en él una voluntad recta y enamorada de lo justo y lo bello. Sus puntos de vista coinciden un tanto con la pedagogía de la actividad, con la pedagogía de la educación indirecta, y con muchas de las ideas que ha desenvuelto con vastos efectos el filósofo norteamericano Dewey.

En la enseñanza, mantiene la eficacia del principio de la economía en la transmisión de conocimientos, tesis que juzga básica Ortega y Gasset. Enseñar no mucho y mal, sino poco de alta calidad, eficacia y valor funcional y práctico. En su trabajo **Las reformas de la enseñanza superior**, de 1900, se empeña en que las escuelas sean "talleres donde se trabaje, no teatro donde se declame". Enseñanza sustantiva, no aparatosa. Quería además una amplia cultura popular. En ese tiempo había un millón de analfabetos en millón y medio de habitantes, y eso implicaba una pérdida de trabajo útil. La enseñanza secundaria la concibió asimismo abarcando aquellas disciplinas que preparasen al estudiante a conocer el mundo natural, el hombre en su esencia y la sociedad humana en sus procesos, sustituyendo además lo retórico por lo científico, acorde con el propio pensamiento de Martí. El gran educador Alfredo Aguayo calificó su reforma de la enseñanza superior como "exponente del cambio más profundo y radical que en el terreno de la docencia secundaria y universitaria se ha realizado y concebido en nuestra patria por iniciativa de un cubano". En Varona se sigue dando cumplimiento, en el destino cubano, a la tesis que hemos formulado en otros trabajos, de que la historia de nuestro pensamiento filosófico más entrañable, proyectado hacia la periferia social con sentido educativo, formativo y patriótico, es la autorrealización en nuestra tierra de la idea de libertad.

En lo político-social Varona siempre se inclinó a un humanismo social. En sus breves artículos destacó, más de una vez, cómo en la brega política había dos tipos opuestos: unos conciben la política como deber, son los que "hurgan entre las espinas para sacar la almendra"; los otros, "son los que se comen la almendra". Su idea de la democracia genuina como participación de todos en la formación del órgano del poder, como gobierno del pueblo, por el pueblo, por los mejores del pueblo, es la que preside su doctrina política. Para él era inaceptable todo régimen de gobierno que desmoraliza al individuo y a la sociedad. Por ello excitó siempre a la juventud a no conformarse. "Si los grandes cubanos se hubieran conformado —les dijo a los jóvenes— Cuba seguiría siendo colonia. No se conformaron con

el Capitán General, y cayó el Capitán General. No se conformaron con la esclavitud, y fueron libres los esclavos. Vivir es cambiar, pero cambiar de modo provechoso, y nunca volver atrás..."

Su ejecutoria estética fué del más subido valor. En su conferencia del Liceo de Guanabacoa de 1879 sobre **El idealismo y el naturalismo en el arte,** rechaza la tesis platoniana de los idealtipos o modelos en arte, y reivindica —frente a la mimesis— la personalidad incanjeable y el reino de la emoción propia de cada artista. Artista fué el mismo, escritor de prosa fresca, tersa, de ética elegancia, con un lenguaje que afina, sutiliza, enriquece y completa el pensamiento. "Leed sus notas efímeras —observa Antonio Caso—; el autor jamás declama. Su estilo debería prescribirse a los nerviosos escritores latinoamericanos, que no han logrado sino por excepción el secreto de la prosa genuina, de la prosa europea".

En suma, Varona es el filósofo de un mundo que no cuajó en su tiempo, y que mucho tardará para que cuaje en la realidad idealizada por él. Su filosofía arranca del alma adolorida de su pueblo en proceso de dramática formación. Fuera de Martí, el alma nacional cubana, no ha tenido exponente más genuino. Bien ha hecho la Universidad del Aire en recordar en la misma sesión a Varona y a Martí, brillantemente evocado por el doctor Santovenia, pues Varona y Martí se funden en un mismo ideal. En el escepticismo de Varona rezuman las lágrimas tácitas que lloran por el ideal no convertido en realidad concreta, en medio de su apremiante ansia de mejoramiento nacional; pero él nos enseña todos los días a través de su edificante ejecutoria, como el poeta sureño: "Mientras haya que hacer, nada se ha hecho..."

DISCUSION

DR. ICHASO: Le doy la oportunidad Dr. Santovenia, de preguntar al Dr. Agramonte.

DR. SANTOVENIA: Con toda autoridad el Dr. Agramonte, como uno de los mejores y más ilustres discípulos de Varona y su continuador en la enseñanza superior, nos ha recordado que Varona fué el legatario de la generación que organizó la República. Ese acaso sea uno de los

títulos que más honran y enaltecen la memoria de Varona. Sabemos que Varona dió prestigio y ayudó al Poder Interventor a cubrir una de las etapas más difíciles de la vida de Cuba. Varona fué Secretario de Hacienda y Secretario de Instrucción Pública del Gobierno Militar de los Estados Unidos después de la evacuación de la Isla por las tropas españolas. Varona, refugiado en una especie de retraimiento al constituirse la República, volvió a la vida pública nada menos que para organizar un partido político que tuvo por una de las finalidades esenciales combatir la convulsión, cuando parecía que Cuba iba a ingresar en el concierto de las naciones de la América hispana más dadas a la convulsión estéril. Varona fué luego Vice-Presidente de la República, y es de lamentar que haya que recordar que descubrió que la Vice-Presidencia de la República tenía funciones muy parecidas a la del archipámpano de las Indias en Sevilla. Varona tuvo oportunidad de ser Presidente de la República, porque en circunstancias muy favorables a su elección le fué ofrecida la candidatura, y Varona rehusó ser Presidente de la República. A ésta sirvió como reformador profundo de la enseñ.anza desde la Universidad hasta la escuela primaria. Como sociólogo que fué siempre y como político. Yo voy a hacerle al Dr. Agramonte una pregunta, que me agradará mucho oirle responder, ¿En cuál de esas fases cree el Dr. Agramonte, en la fase de político, de sociólogo o de reformador profundo de la enseñanza, el Dr. Varona prestó más hondo y perdurable servicio a su patria?

DR. AGRAMONTE: Con mucho gusto voy a contestar al Dr. Santovenia su pregunta. Yo entiendo que el ser humano es una totalidad y que sus actividades no las podemos considerar con un carácter parcelario. Varona llevó a cabo la tercera reforma de la inteligencia cubana. La primera la realizó José Agustín Caballero a fines del siglo XVIII. La segunda gran reforma de la inteligencia cubana, o de la conciencia cubana, la hizo don Pepe de la Luz. La tercera, la acometió Varona. Para reealizar esa reforma, él estaba asistido de una cosmovisión, de un conjunto de ideas, digamos de visiones, porque hacen falta visiones para convertir lo ideal en real. Así llevó a cabo la reforma total de la enseñanza, sustituyendo la enseñanza retórica por una enseñanza científica y organizada a la altura de los tiempos, de acuerdo con su propia filosofía experimental, evolucionista, de que hemos hablado anteriormente. Y en ese mismo sentido Varona se produjo en el mundo político; en ese mismo sentido él enfocó los problemas de Cuba con un verdadero sentido sociológico, estudiando los factores de la vida social cubana, estudiando las leyes del dinamismo social cubano; y por eso yo entiendo que todos esos aspectos, todos esos sectores que constituyen el genio de Varona, tenían una unidad, eran una verdadera urdimbre, eran un tejido de una serie de hilos donde lo educativo estaba en consonancia con lo lo político, pero todo gravitando fundamentalmente sobre la propia esencia humana.

DR. COSTA: La obra de Varona se basa fundamentalmente en sus conferencias filosóficas, pero es el caso que esos cursos de filosofía fueron pronunciados por él cuando tenía solamente 34 años, después decursó medio siglo, y cuando Varona muere a los 4884 años nada ha producido en la zona de la filosofía de categoría semejante. ¿Qué explicación le da usted a este hecho? ¿Cómo usted contempla este fenómeno? ¿Considera el caso como una frustuación de la vocación filosófica de Varona?

DR. AGRAMONTE: La pregunta del Dr. Costa es realmente interesante. Evidentemente después que Varona desintegró la filosofía central en una serie de distritos especiales, la psicología, la lógica, la ética, esa tradición continúa, de modo que él en ese sentido sembró ese concepto que deriva del positivismo y deriva del evolucionismo, porque tanto el positivismo como el evolucionismo conciben la filosofía como "ciencia cienciarum", como ciencia de las ciencias. Indudablemente que esa tradición siguió. Después de Varona se ha producido una gran actividad psicológica en Cuba; por ejemplo, Aguayo ha producido obras de alto valor psicológico, grandes tratados. Yo, modestamente, he producido un Tratado de Psicología y otros muchos colegas de cátedra en los Institutos, en las Escuelas Normales, etc. también. Igual podemos decir en relación con las demás zonas científicas. Quizás no se haya producido obra escrita, pero sin embargo la filosofía central se sigue cultivando, se sigue estudiando en nuestras universidades y en la segunda enseñanza. En la segunda enseñanza se da como asignatura del bachillerato especializado de letras la Introducción a la Filosofía. De modo que esa tradición, lejos de producirse en la misma un desgano, se ha mantenido y se ha potenciado casi en la misma forma en que Varona lo diseñó. Sin embargo, yo debo decir también que entre nosotros existe una generación de jóvenes que cultivan la filosofía con mucha seriedad. Por ejemplo, éste es uno de los pocos países de América que tiene una Revista Cubana de Filosofía, que es una revista seria, que se publica periódicamente. Cuba es también uno de los países que tiene una asociación o una Sociedad Filosófica, constituida especialmente por graduados de la Universidad, y por profesores de la segunda enseñanza y a cada rato aparecen folletos, aparecen publicaciones sobre filosofía pura, sobre filosofía central. También otro de los aspectos más interesantes que se ha desenvuelto en Cuba, en los últimos tiempos, es el que se refiere a enfocar nuestra conciencia histórica en función de las ideas. En ese sentido, yo en forma modesta, he editado una serie de libros, he reeditado una serie de obras de filósofos cubanos, desde la filosofía electiva en latín, que fué traducida al castellano por el Dr. Artiles, hasta toda la polémica filosófica de Luz Caballero en cinco tomos. Tomos que hubo que formar; tomos que hubo que hacer, porque eso estaba en los periódicos de la época, de mitad del siglo XIX; de modo que si viniese un incendio, por ejemplo, y destruyese esos originales del "Diario de La Habana", por ejemplo,

o del "Noticioso y Lucero", si ocurriese como ocurrió en Lima que se destruyó la biblioteca, éso se perdería. Yo traté de recoger todo eso, e hice cinco volúmenes de la notable polémica filosófica de La Habana en la época de Luz y Caballero. También se han editado las "Cartas a Elpidio", las "Lecciones de Filosofía" de Varela y se han dado a conocer algunos autores como Andrés Poey. Andrés Poey es un positivista, y escribió en francés. Era cubano; era hijo de Felipe Poey, y escribió en Francia, allí se hizo amigo de Augusto Conte. Yo precisamente hace un año visité en París la casa donde él tenía el centro de estudios y él fué a conversar con el pontífice del positivismo que era Augusto Conte y le presentó una duda: le dijo que él no creía en la teoría de los tres estados, que era la espina dorsal del sistema de Augusto Conte; y cuando salió de la visita había salido convencido de sus ideas. Entonces publicó un libro, que está en francés y está traducido al español, que se llama: "Le positivisme" (El Positivismo). También hay otro autor que es muy interesante porque es casi desconocido. Me refiero a un discípulo de "El Salvador". Sus obras se encuentran en la Academia de la Historia y fué dado a conocer por el Dr. José Antonio Fernández de Castro. Me refiero al Dr. Disdier. Disdier tiene una cantidad enorme de publicaciones en francés, y sería interesante, por ejemplo, para un alumno de filosofía hacer una tesis o hacer un libro, cualquier persona que le gustase el tema sobre la personalidad de Disdier. De modo que hay una tradición muy amplia en esa materia.

DR. ICHASO: ¿Alguna otra pregunta?

SR. REYNOSO: Voy a bajar un poco el tono. Tras de escuchar estas conferencias de esta tarde, surgía en mi mente un paralelo con la situación argentina. Mientras Martí aquí elaboraba una República, en la misma época Sarmiento construía una nueva República. Mientras Varona, filósofo, pedagogo y orientador de juventudes, trabajaba en Cuba, nosotros teníamos a José Ingenieros. También en el mismo plan de orientación pedagógica. Así estas Afirmaciones Cubanas de la Universidad del Aire, más bien podrían llamarse Afirmaciones Americanas. Pero la pregunta no es para el Dr. Agramonte, sino es una felicitación. La pregunta es para el Dr. Santovenia. Ya le escuché dos veces unas palabras que no me gustan nada. El Dr. Santovenia habla de la responsabilidad del Gobierno en la formación martiana del pueblo. Y hasta afirma que al mismo Gobierno le cabe la obligación de implantarla. ¿No es ésto una contradicción al mismo Martí, que liberó un pueblo y educó a América, aún contra los bárbaros gobernantes de su época? ¿No cree el Dr. Santovenia que a las fuerzas morales de la República, maestros, obreros y estadistas les corresponde tomar una actitud de combate para implantar el ideario martiano?

DR. SANTOVENIA: Son dos preguntas del Sr. Reynoso. Martí no pudo llevar adelante su obra sino contra gobiernos, porque fundamental-

mente estaba combatiendo los malos gobiernos de Cuba y de fuera de Cuba. Naturalmente que combatiendo malos gobiernos no podía afincar su obra en gobiernos, contra los cuales estaba. No veo contradicción entre el hecho de que eso ocurriese en cuanto a la actuación de Martí y en que se pida ahora que el Gobierno de la República, que Martí creó, asuma la responsabilidad y cumpla el deber de expandir las ideas y las doctrinas de Martí, porque Cuba ha de tener, por lo menos, si no la realidad, si la aspiración de tener un Gobierno a imagen y semejanza del que Martí quiso para Cuba y para los demás países de la América. En cuanto a lo segundo, creo que sectores intelectuales, culturales y cívicos, cumplen en la medida de sus posibilidades la labor de difundir las doctrinas de Martí, de exaltar sus virtudes y de señalar sus creaciones, pero esto no excluye al Gobierno del deber que tiene de hacerlo. Si lo hace el Gobierno, poniéndose a la cabeza de lo que hacen los particulares me parece que Cuba estará mejor servida.

UN OYENTE: Quisiera agradecerle al Dr. Agramonte, después de haber oído su brillante lección, que me respondiese a esta pregunta; él dijo que el Dr. Varona había afirmado que lo único que no cambiaba era el cambio. Quisiera agradecerle al Dr. Agramonte que me aclarase eso. ¿Quiere decir que el cambio es lo único eterno, o quiso decir el Maestro que siendo el cambio lo único eterno, los altos valores del espíritu, los valores ideales no lo son?

DR. AGRAMONTE: Bueno, esa afirmación de Varona está en consonancia con su concepción relativista, es decir, que todo suceso es un suceso de un tiempo y de un lugar. Por ejemplo, no es más que una manifestación del cambio que se produce en el mundo histórico y en el mundo de las ideas, al cambiarse el concepto de sustancia que predomina en la época de los grandes sistemas por el concepto llamado de relación o de función. Cuando se introduce bajo la influencia del desenvolvimiento de las ciencias históricas, el concepto de tiempo como categoría filosófica, es decir, no solamente estamos hechos de ser, sino estamos hechos de tiempo, como dice Heidegger, pues ese concepto, esa categoría prima en todo el pensamiento. Luego, ese concepto de Varona es esencialmente un concepto evolucionista. Es un concepto de Spencer. Ya en la época de Spencer se formula la llamada teoría de la evolución cósmica, que establece que la evolución es el tránsito de lo simple a lo complejo. Una dispersión de movimiento acompañado del factor tiempo. El hombre de la Edad Media era un ser intemporal; no vivía en el tiempo; era sujeto de la eternidad. En cambio, cuando se empiezan a hacer los descubrimientos científicos, los viajes, los inventos, ya entonces el mundo deja de ser un mundo monádico, un mundo relativamente sencillo; hay muchas variedades de seres humanos; hay mundos de seres humanos que no se entienden entre sí, por lo cual hace falta una comprensión entre los pueblos. Y eso es el

resultado del tránsito de categoría, de sustancia, de lo permanente hacia el historicismo, Casirer, especialmente, tiene una obra sobre ese punto. Casirer, el gran filósofo alemán, cambia el concepto de sustancia por el concepto de función, en una obra que se llama: "Teoría de la sustancia y teoría de la función".

DR. ICHASO: A ver, ¿otra pregunta?

ROSARIO GONZALEZ: Dr. Agramonte, tiene la bondad, por reunir esas condiciones de haber sido discípulo de Varona, ser hoy el continuador de su cátedra y estar muy cerca de ocupar otra posición que también ocupara el Dr. Varona, aunque en esto no estoy de acuerdo con el Dr. Santovenia, porque estoy segura de que cuando usted ocupe esa posición no será el archipámpano de las Indias, como dijo él, ¿cree usted que de estar Varona presente se pondría el albornoz o seguiría explicando, incitando a la juventud cubana con su espíritu de inconformidad?

DR. AGRAMONTE: Bueno, Varona siempre predicó la inconformidad, como lo indican los párrafos que yo he citado de su alocución a los estudiantes cuando lo fueron a ver antes de la caída de Machado. Ya entonces Varona era viejo. De modo que en Varona se da el caso de una persona que llegó a su máxima vejez, conservando siempre la juvenilia, preservando los valores de la juventud, los valores del ideal. Agradezco mucho la pregunta a mi distinguida ex-discípula y correligionaria.

DR. ICHASO: Bien, señores, me parece que ya hemos abusado un poco de la amabilidad del Dr. Agramonte y también de la hospitalidad del Circuito CMQ. De modo que antes que nos desahucien, vamos a dar por terminada la sesión.

Octavio R. Costa

Antonio Maceo y la Independencia de Cuba

EN Antonio Maceo todo es afirmación. Un signo positivo rige su personalidad y su vida. En las aristas de su espíritu y en los actos de su trayectoria vital se calibra una vigorosa rotundez. Es el hombre perennemente definido, dueño de sí, rector de su destino, que está orgulloso de su pasado, que domina su presente y que sabe orientar su porvenir. No en vano se le puso el sobrenombre de Titán. Era titánico por la claridad de su mente, por la nobleza de su corazón, por el empuje de su voluntad. Era una fuerza sobrenatural condensada en hombre. Por eso no tuvo descanso sobre la Tierra. Por eso supo ser leal a su tiempo y alzarse a la categoría de fundador de un pueblo, de hombre que se enfrenta con una realidad secular para vencerla y hacer la historia.

A sí mismo se llamó obrero de la libertad. Y eso fué él, porque su existencia consistió en trabajar por la libertad de su patria, por la liberación de sus conciudadanos sometidos a servidumbre política, por la redención de los negros hundidos en abyecta esclavitud. Y a través de este quehacer quedó compenetrado con su tierra, ligado a su destino, hasta ser un símbolo de ella, una fuerza de la nación.

Había nacido con la vocación de lo público, con un entrañable sentido de comunidad inserto en lo más claro de la conciencia. Por eso quedó incorporado inmediatamente a la tarea revolucio-

naria emprendida en 1868. La incorporación fué presidida por un juramento, y Antonio Maceo le fué leal a través de una continuidad cívica sin tregua y sin evasión.

Las jornadas del héroe se confundieron con los avatares de la nación. Peleó durante los diez años de la Guerra Grande. En el lidiador asomó la presencia de una genuina aptitud guerrera y a través de ochocientas acciones el hijo de Mariana dió muestras de su coraje, de su fervor patriótico y de la determinación con que trabajaba mediante las armas por la liberación de su pueblo. Junto al lidiador se exhibió el ciudadano apegado al cumplimiento de la ley y ausente de ambiciones políticas. Sus actitudes frente a los motines de Lagunas de Varona y Santa Rita dejaron neta evidencia de su sentido del orden y de la disciplina.

Baraguá constituye la consagración de Antonio Maceo, porque si el Zanjón representa la tregua de la impotencia, el ademán cívico dibujado por el santiaguero a través de su protesta significa la confianza del cubano en sus virtudes y la fe absoluta en el porvenir de la patria. Era el coraje que se imponía al imperio de las circunstancias. Era el optimismo que flotaba por encima de las más negativas y dramáticas realidades. Era la terquedad heroica de un espíritu empeñado en mantener enhiesta una ilusión, en levantar sobre una realidad caduca una nueva historia, en izar la bandera de la libertad sobre el sacrificio de los que murieron soñando con ella.

Pero en Baraguá hay algo más que el gesto rebelde del ciudadano que no aceptaba la paz sin la independencia y sin la abolición de la esclavitud. Decidida la continuación de la lucha, los patriotas inspirados por Maceo y presididos por Silverio del Prado, se reunieron en improvisada convención constituyente para redactar una ley de leyes y constituir un gobierno. Y quien es el alma del movimiento se mantiene al margen de las deliberaciones. Y cuando se llega a la oportunidad de elegir un Presidente se escoge a Manuel de Jesús Calvar y cuando se va a nombrar al Jefe del Ejército se escoge a Vicente García y el hombre que no acató el pacto, que demandó la entrevista con Martínez Campos, que expresó su inconformidad y su propósito de no aceptar la paz, ausente de ambiciones personales, asume la jefatura de Oriente.

Este hecho otorga a Antonio Maceo singular jerarquía y revela en él excepcionales calidades. El es mucho más que un bravo lidiador, que un inteligente y denodado guerrero. Es también un austero ciudadano, que sirve los fundamentales del país con el nobilísimo desinterés de quien sabe trabajar por un pueblo sin levantarse ostentoso sobre él.

Antonio Maceo entró en la paz bajo la obstinación de un destino implacable que se hizo superior a él, pero él llenó de fecundidad la larga tregua. A través de su peregrinaje por los Estados Unidos, Jamaica, Haití, Costa Rica, México, Panamá, Perú, llevó a la patria como una estrella clavada en su corazón y no cesó de trabajar por su libertad. No importó que en 1879 Calixto García, después de ofrecerle la segunda jefatura del Ejército y la vanguardia de la expedición, lo sustituyese con Gregorio Benítez, esgrimiendo la inhábil justificación de un motivo étnico, porque él se sobrepone a todo resentimiento y no niega al holguinero su colaboración. No importaron sus bienandanzas de Honduras y Costa Rica, porque supo sacrificarlo todo cada vez que fué menester entregarse plenamente a la patria. Y no importó que Martí, en un momento estelar y decisivo de la historia cubana, dijese a Maceo que se pusiera a las órdenes de Flor Crombet para venir hacia Cuba en la expedición que salió de tierra costarricense y arribó por Duaba a playas cubanas. El héroe acalló noblemente el amor propio herido, decapitó todo posible gesto de soberbia y bajo la jefatura de Flor vino a incorporarse a la guerra por la que él trabajó sin tregua y con sacrificio, a la revolución que él alentó con lo mejor de sí.

Comienza la última jornada en la conquista de la libertad y el héroe, respaldado por su historia, es uno de sus máximos jerarcas. Es el gemelo de Máximo Gómez. A la revolución comienza por aportar todo su pasado y todo su prestigio, toda la hazañosa historia realizada durante la gesta de los diez años, todo el sacrificio del destierro activo y sembrador y toda la constelación de sus virtudes cívicas que hacen de él un ciudadano mayor, un hombre con glorioso tamaño de fundador.

Y a la nueva guerra lo da todo. Y lo primero su desinterés, su ausencia de ambiciones políticas. En vano se produce en el seno de la Asamblea de Jimaguayú un movimiento enderezado a colocar a Máximo Gómez en la Secretaría de la Guerra para ponerlo a él en la Jefatura del Ejército, porque el antiguo subordinado de Gómez y ahora par suyo, se opone al intento demostrando la justicia y la necesidad de que el glorioso dominicano esté en el supremo rectorado del Ejército Libertador.

Durante toda la contienda exhibió Antonio Maceo una pareja actitud exenta de personales ambiciones. Con absoluta ingenuidad confesaba no haberlas conocido nunca. Las calificaba de deshonrosas. No le importaba no estar en el mando que justamente le correspondía. Al Generalísimo le ofrecía su cargo para cualquier ambicioso que lo aspirase, y él se iría a cualquier parte, porque para pelear contra el adversario y lograr victorias para la causa de la libertad eran buenas todas las jerarquías.

En vano se fragua todo un plan para colocarlo en el doble rectorado civil y militar de la Revolución. Con grandeza magna desatiende las halagadoras incitaciones y emite una frase lapidaria: ¡pobre República si ha de navegar por estas aguas muertas! El estaba convencido que para redimir a Cuba era indispensable que los forjadores de su destino alejasen de sí toda idea de predominio en la zona social, toda pretensión de mando militar. El deseaba para su país la presencia de un hombre que tuviera la virtud de redimirlo sin tiranizarlo después. Su norma y su obsesión eran el respeto a la ley. Ya en 1887, en carta a Martí que tiene una excepcional jerarquía, expresa que no obedecerá jamás, con perjuicio de la patria, a los caprichos y deseos de determinados círculos, pues siempre protestará con todas sus fuerzas y rechazará indignado todo acto ilegal que pudiera intentarse vulnerando los sagrados fueros y derechos del pueblo cubano.

Antonio Maceo aportó fundamentalmente en favor de la independencia de Cuba su genio militar asombroso, a veces inconcebible, que obraba a golpes de misteriosa intuición y que pro-

ducía milagros sorprendentes. Sus hazañas bélicas constituyen la más evidente contribución a la empresa revolucionaria, sin que su obra guerrera disminuya la tarea realizada por el ciudadano y el incitador ejemplo de sus virtudes cívicas. Los combates de Peralejo y Sao del Indio; el portento de la Invasión y la gloriosa campaña de Occidente son las gestas heroicas consumadas por el invicto Lugarteniente del Ejército Libertador en su afán de desalojar a los españoles del territorio cubano. Aquel guerrear sin tregua, aquel recorrido de la Isla a través de toda su geografía en tres meses, aquellas victorias ganadas con maltrechos soldados y escasos pertrechos sobre espléndidas divisiones bien nutridas y aprovisionadas, parecen cosa de leyenda. Antonio Maceo revolucionó la técnica militar. Trastornó la lógica guerrera. Por obra de magia desaparecía de celadas y cercos cuando no era posible hacer frente al enemigo. Y cuando todo conspiraba contra él salía victorioso. Con cuatro rifles alejó una vez en las lomas de Pinar del Río a una columna adversaria.

El guerrero ascendió a la categoría de héroe. El héroe se convirtió en Titán. El Titán era una fuerza sobrehumana, mitológica, que captaba voluntades en favor de la causa cubana. Antonio Maceo se transformó en símbolo. El era la Revolución. El era, hecha carne de hombre y audacia de soldado, el ansia y la angustia de la Isla, el ideal y la gloria de los cubanos. Lo de él era una epopeya, pero dentro de la epopeya el héroe vivía una suprema, desbordada y acongojadora angustia, la angustia que le imponía su triste destino de luchador sin grandes resultados. Inútilmente soñó Maceo con el Ayacucho cubano, con la batalla para la que le sobraban genio y coraje y le faltaban los medios imprescindibles. En vano su capacidad militar se desbordaba y erguía sobre las fuerzas que mandó. Las circunstancias fieramente hostiles le negaron las posibilidades de aniquilar con el prodigio de una orden, con la maravilla de un ademán, una concentración de divisiones españolas. ¡Qué angustia más desgarradora traducen esas cartas en que el héroe vierte la súplica tremante de que le envíen hombres y provisiones! ¡Y qué grandeza la suya cuando aplaude a Mayía Rodríguez la obediencia a la

disposición del gobierno que le impidió marchar hacia Occidente de acuerdo con lo convenido entre el Generalísimo y el Lugarteniente!

Pero el guerrero no disminuyó nunca la jerarquía del ciudadano que exhibió la constelación de sus virtudes y el manojo de sus preocupaciones públicas. Antonio Maceo consumó hazañas bélicas y emitió expresiones que tradujeron un ambicioso ideario cívico. No le bastó con regar de pólvora redentora los aires de la Isla. Lanzó para su tiempo y para el porvenir afirmaciones cargadas de un fino y sensato sentido político. El mismo confesó que no trabajaba solamente para su generación, porque lo que principalmente le interesaba era el triunfo del derecho de todas las generaciones.

Junto al coraje que ponía en derrotar al enemigo se yergue un firme celo en defensa de la soberanía cubana ante los peligros que implicaba para el destino de la Isla la intervención de Norteamérica. Rechazaba indignado toda pretensa solución extraña, pues creía que los cubanos debían ganar la independencia con su propio esfuerzo. Mejor es subir o caer solos —decía— sin ayuda ajena, que contraer peligrosas deudas de gratitud con un vecino tan poderoso. Y no es que el prócer pretendiera una ausencia de convivencia internacional, una errónea política aislacionista. El tenía muy claro concepto sobre el estilo que debían adoptar las relaciones de la Isla menor con el poderoso país del Norte. El quería la amistad cordial y respetuosa entre ambos pueblos con la misma intensidad con que rechazaba toda soberbia y humillante intervención del norteamericano en el rectorado de su patria.

Pero este celo suyo por la soberanía nacional que se hacía recelo frente a los Estados Unidos por razón de la política imperialista de Wáshington se convertía en un ademán de inteligente solidaridad hemisférica frente a los pueblos de raíz española, como se exhibe en las epístolas dirigidas por el prócer a los supremos rectores de países hispanoamericanos en demanda de intervención solidaria en la situación cubana. Inútilmente alegó razones de civilización. Su súplica no encontró más eco que en la voz enérgica de Eloy Alfaro, su viejo amigo de Costa Rica.

Con la defensa de la soberanía aparejó su anhelo de concordia cubana. Si internacionalmente aspiraba a la convivencia hemisférica, dentro de los linderos de la Isla quería la vigencia de una armonía sin quiebra entre todos los cubanos sin el magullo de una injusticia ni la infamia de una exclusión. No se le descubre un solo prejuicio ni se le adivina, tampoco, ninguna atolondradora prisa de reparación social. Le sobraba inteliencia para comprender la complejidad del problema étnico y para saber que el ascenso de los preteridos no se ganaba con injurias ni con mengua de los intereses de la zona predominante.

Antonio Maceo, fiel a su tiempo, tenía una concepción liberal de la vida en todos sus aspectos. La libertad era la médula de su ideario. Era un guerrero que soñaba con la democracia. Era un militar que clavaba su ilusión en la república. Lo de las armas no era más que un accidente. Sobre el fuego de la pólvora, apagada por la paz, debía erguirse incólume el imperio de la ley, invariable obsesión del prócer. El que era la fuerza, deliraba por la norma, por la vigencia sin quiebra del derecho. Detestaba la anarquía. Para las tareas y responsabilidades del gobierno demandaba la presencia de los hombres de inteligencia y carácter. Para la felicidad y prosperidad de un pueblo exigía la práctica de la justicia y la moralidad. Y, encontraba en el amor la forma suprema de la moralidad en los hombres y en las colectividades.

No es la mía —decía— una política de odios, sino una política de amor. A través de la fórmula milagrosa del amor Antonio Maceo soñaba con una república próspera, justa y feliz, en cuyo ámbito, junto a los cubanos libertadores, cabrían, en el disfrute de la libertad total, los españoles.

DISCUSION

DR. ICHASO: Siguiendo nuestra costumbre, le doy a usted Dr. Carlos Márquez Sterling la oportunidad de dirigirle alguna pregunta o hacerle alguna objeción al Dr. Octavio Costa en relación con su notable trabajo.

DR. MARQUEZ STERLING: Lejos de hacerle objeciones o dirigirle preguntas lo que voy es a felicitarlo por su hermoso trabajo.

DR. ICHASO: Bien Dr. Costa, entonces yo, tomando el lugar del Dr. Márquez Sterling, con su permiso desde luego, quiero hacerle una

sola pregunta. Usted sabe que se ha discutido bastante sobre la ideología de Maceo. Hay quien ha llegado a ver embriones marxistas en su pensamiento. Usted en sus investigaciones ¿los ha encontrado? ¿Cree que Maceo en su ideario se separó alguna vez del pensamiento demo-liberal que presidió todas las revoluciones americanas?

DR. COSTA: En mi disertación creo haberme anticipado a contestar la pregunta que tan inteligentemente me hace el Dr. Ichaso. Ya he dicho que el pensamiento político de Maceo era esencialmente liberal. Es decir, Maceo tenía una concepción demo-liberal de la organización política de los pueblos, por lo que no es posible hallar en su pensamiento político, en sus preocupaciones cívicas, ninguna huella marxista. Ahora bien, el hecho de que no se encuentre ninguna huella marxista en el pensamiento de Maceo y yo he investigado y estudiado más que los hechos que constituyen la vida de Maceo, su ideario político, no quiere decir que entre los anhelos que enderezaron su conducta, que alentaron su vida, no haya estado la presencia de una noble y fervorosa preocupación por aquellas zonas más humildes y depauperadas de la sociedad, por aquellas zonas que el marxismo o el movimiento político que pretende representar el marxismo han tratado de atender con mayor consideración.

DR. ICHASO: Muy bien. ¿Alguien del público quiere hacer alguna pregunta?

SR. VENTURA GARCIA: Dígame Dr. Costa. Es una pregunta ajena al tema que usted ha desarrollado, una pregunta sobre la cual se ha discutido mucho entre los historiadores cubanos. ¿Le halla usted justificación alguna a la actitud asumida por Maceo en "La Mejorana" frente a Martí?

DR. COSTA: Bueno. Eso de "La Mejorana" es un punto que yo no he querido rozar en mi trabajo y que constituye uno de los casos más polémicos de la Historia Cubana. Sobre él tengo un juicio que no comparten la mayoría de nuestros historiadores. Yo creo que a lo de "La Mejorana" se le ha querido dar ciertamente más importancia de la que tuvo. Los historiadores cubanos empiezan por atenerse a una versión falsa, que es la de Enrique Collazo. Eliminada la tesis de Enrique Collazo, nos encontramos con las explicaciones que se han basado en el Diario de Martí publicado en el Diario de Máximo Gómez, en el que el propio Martí recoge expresiones desagradables o violentas de Maceo sobre él. Pero yo quiero decir que en todo esto ha habido si no mala fe, yo no sé qué cosa. Porque, por ejemplo, se pone en boca de Martí que Maceo le ha dicho: "Sabio Martí" en tono despectivo. Lo cierto es que quien lea atentamente el manuscrito de Martí, no dice Sabio Martí si no "Doctor Martí". De manera que la frase que pareció peyorativa y molesta se convierte en una frase totalmente respetuosa. Ahora, se habla también asímismo de que qué decía la página del Diario de Martí del día 6 que

desapareció del Diario, pero hay que hacer lo que ha hecho el propio Dr. Carlos Márquez Sterling que acudió al Diario de Máximo Gómez a ver qué decía en relación con el día 6, y nos encontramos que al día siguiente de "La Mejorana" Martí y Gómez y Maceo vuelven a encontrarse y entonces sostienen una larga entrevista de dos horas, a través de la cual no se registra nada desagradable. Es más, hay después una famosa carta de Martí, dirigida el día 12 de Mayo desde la "Jutía" a Maceo en que recuerda agradablemente esa entrevista. Hay una carta que recuerda Márquez Sterling también en su libro "Fe de Martí" del día 9 a Carmita, no hablándole de "La Mejorana", sino del día 6. De manera que yo creo que lo de "La Mejorana" es una cosa totalmente superada, sobre todo si se tiene en cuenta que cuando Maceo recibe la noticia de la muerte de Martí, se reúne con los demás jefes en "Bijarú" y opina que es necesaria la organización de un Gobierno en la forma de que él discrepó en los primeros momentos. Pero la pregunta que se me hace yo no la he contestado. Y la voy a contestar ahora. ¿Tiene justificación la actitud de Maceo frente a Martí en "La Mejorana"? Totalmente. A los hombres hay que juzgarlos como seres humanos que son, transidos de pasiones, y Maceo, como ya yo digo en mi libro, fué como gran jerarca procedente de la Guerra grande, fué uno de los organizadores junto con Máximo Gómez y Martí de la revolución. Lo cierto es que por razones que Martí había de superar, porque Maceo no podía preparar la expedición con los dos mil pesos que Martí tenía a su disposición y Flor se lo ofreció, Martí, en un hecho, en una decisión muy llena de oportunidad, le quitó la jefatura y la puso a las órdenes de Flor Crombet. Ahora, Maceo estuvo muy grande cuando en vez de sentirse humillado y ofendido se puso a las órdenes de Flor y vino a Cuba.

Carlos Márquez Sterling

Grandes caracteres republicanos. Manuel Márquez Sterling, el periodista.

CONFIESO que el tema que acaba de conferirme nuestro Paco Ichaso, que ha hecho del periodismo y la cultura una actividad incansable, en la que se destaca por derecho propio, mejorando día a día las glorias intelectuales de su ilustre apellido, es uno de los más difíciles que puedan estudiarse desde la Universidad del Aire. Grandes caracteres republicanos.

Ante el vasto panorama que se extiende ante mis ojos desde que se izara la Bandera de la estrella solitaria en el mástil de la la fortaleza del Morro; sin mucho tiempo disponible, en estos días de encendidas polémicas políticas, que algo tienen de ese carácter que deseo estudiar en la tarde de hoy, mi espíritu se recoge por unos instantes, en la historia de Cuba, y se da a la grata tarea de recordar la voluntad que en justa apreciación de nuestros valores morales marcan rutas y derroteros a las generaciones sucesivas.

Es conveniente recordar los aforismos de los caracteres, dándoles forma, guiándolos hacia una meta soñada, amada y presentida. Es aquí donde residen las cualidades. "Por la vista se conoce al hombre, y por su semblante al sabio, decían las sagradas escrituras". "Su vestido, la risa de sus labios y su paso revelan lo que es el hombre. Pero el carácter es otra cosa. Es una ma-

nera de ser. No está en la vista ni en el semblante; no está en la ropa. Está en el corazón. Está en la voluntad. En el símbolo moral del individuo a través de vicisitudes, en las que la energía de la forma y del fondo no permiten desviaciones en las que se pierda la integridad de una existencia.

Todo ser humano, es su propio escultor. En materia de carácter, la educación no ha sido capaz de variar el resultado misterioso de esta extraña verdad. Los que se quejan de la fortuna —decía Vauvernagues— no tienen que quejarse más que de sí mismos. Cada uno de nosotros es, en efecto, el artífice de su propia vida. Por poderosa que sea en nosotros la acción de las condiciones exteriores, en nuestra existencia, sin embargo, procede del interior, de nuestros sentimientos, de nuestras pasiones, de nuestra voluntad: es, la obra de nuestro carácter.

Comentando del filósofo estas realidades, el psicólogo afirma que ello entraña la sabiduría de los pueblos, adquirida en la extensa observación de los siglos. Guibert nos informa que ella advierte diferencias de carácter, explicando y determinando experiencias de vida. Entendiéndolo así, el carácter no es la inteligencia ni el talento. Consiste, según lo declara un pensador alemán, "en una voluntad perfectamente desarrollada para no traicionarse en la vida".

Puesto que el carácter es la creación, el personaje, dice Horacio, debe ser, desde el principio hasta el fin, semejante a sí mismo. Toda conciencia verdadera no es más que eso: conciencia. A lo largo de nuestra vida republicana muchos son los hombres que han dado pruebas de esa difícil constancia. Sería una tarea muy larga enumerarlos en una conferencia de esta índole. José Manuel Cortina ha dignificado una buena parte de esos hombres recientemente con su verbo inigualable. Surgieron en la historia de nuestras guerras; fueron conducidos por Céspedes y Agramonte en el 68; por Martí, Gómez, Maceo y Calixto García en el 95. Entraron en la República, bruñidos en el mármol de extraordinarias solemnidades, o se hicieron al calor de enseñanzas creadoras. En ella, en la República, en sus luchas, en sus altibajos, en sus grandes y ejemplares alternativas, supieron conservar indemnes la huella que los había señalado superiormente.

Un Eudaldo Tamayo el delegado radical de la Convención de 1901. Un Enrique José Varona, abroquelado en la filosofía creadora de la resistencia moral. Un Manuel Sanguily, trazando la línea recta sobre la inmensa diagonal de nuestra política. Un Juan Gualberto Gómez esculpiendo sobre la infidelidad de las ideas al bronce de la fidelidad. Un Miguel Coyula, en lo extenso de su credo político, trocando la decencia en escudo; y un Juan José de la Maza y Artola, que dejara en las páginas del diario de sesiones del Senado, las precedencias históricas de ese lema hoy de tan vastas promesas en nuestro futuro: "Verguenza contra dinero".

Como no es posible describir a todos estos varones ilustres, ni aquellos otros no mencionados, que viven eternamente en el corazón de los cubanos, necesariamente será que estas palabras cultiven solamente en el huerto de las remembranzas a uno de esos grandes caracteres republicanos que, como la naturaleza, se conservan uniformes en las contiendas de la vida. Se trata de un gran periodista.

Un gran periodista es siempre mucho más que un gran periódico. Y Manuel Márquez Sterling fué un gran Periodista. Un carácter cuyo nombre ha servido, en la República, a la escuela de diaristas futuros. Tratándose de caracteres decía Ludwig, el secreto de la biografía moderna está en presentar al mismo tiempo la vida pública y la privada, la vida activa y la inactiva de un hombre sobresaliente en su invariable coincidencia, sin tomar una de ellas por más importante que la otra. Márquez Sterling convalida la investigación en ambos campos. Tanto su vida pública como su vida privada representan para las generaciones venideras el ejemplo de un carácter de roca. "Hombre positivo" lo llamó Pánfilo Camacho. Es por ello su biografía el relato extraordinario, algunas veces dramático de un cubano formal, enérgico en su suave apariencia, tenaz en su diplomacia cubanísima, infaliblemente patriota y digno en su profesión de periodista a quien la proximidad del parentesco, la sangre, el ascendiente

y un amor entrañable, no pueden nublar el sentimiento de verdad y de justicia, del que le dedicó en el pórtico de su "Agramonte", esa caracterización que pretende llevar siempre el sello de toda una centuria: la del 88.

Diplomático, diarista y patriota, la vida de Don Manuel Márquez Sterling revela la fidelidad de un gran carácter. Fué la suya una carrera hacia el sacrificio. Desde muy niño sintió la vocación por la letra de molde. Doce abriles tenía cuando fundó su primer periódico. Un papel escrito a mano. Sesenta y dos años contaba al morir, y aun alentaba la idea original, siempre original, de volver al contacto de la opinión pública. Fué así que le diera a "El Mundo" sus geniales "Hombres de Pro"; al "Heraldo de Cuba" sus admirables "Notas Política"; a "La Nación" la famosa "columnita" de la página tercera, siempre en vigencia, que constituye hoy la "Doctrina de la República"; y a "Nuestro Siglo", su último papel impreso, la filosofía ejemplar de un Cubanismo en eterna tensión moral.

Todo hombre de carácter lleva dentro de sí, como un faro de luz a las generaciones sucesivas, un gran destino que cumplir. Si en su forma y en su fondo, lo comprende y lo alcanza, la idea se logra aunque el choque con el egoísmo de la época sea muy fuerte. Hay en esta clase de elegidos esa luz superior que la inmensa multitud de sus contemporáneos no percibe. Manuel Márquez Sterling era de esta calidad. Su personalidad estaba en relieve. Su carácter no dependía precisamente de su talento. Era aquél el que guíaba y orientaba, el que mandaba, el que ordenaba. Lacordaire tuvo razón al definir el carácter: "la energía sorda y constante de la voluntad, ese no sé qué de inalterable en los designios, más inalterable aún en la fidelidad a sí mismo, a sus convicciones, a sus amistades, a sus virtudes; esa fuerza íntima que surge de la persona e inspira en todo esa certidumbre que llamamos seguridad..."

En Don Manuel Márquez la seguridad en su conducta. Atribuía todas las dificultades políticas de nuestros primeros años de

independencia a la tutela yanqui, a la llamada Enmienda Platt. Comprendió con asombrosa visión de lejanía que mientras no fuéramos enteramente libres, los problemas cubanos no tendrían adecuada solución. Con esfuerzo entrañable, con patriotismo ardiente, con talento que se crecía en la lucha, escribió millones de palabras para combatir ante el mundo de la democracia y de la libertad, las injusticias del apéndice constitucional. Cronista de la Convención de 1901 comenzó tempranamente su tarea jurando vencer o morir en defensa de las más legítimas esencias del pensamiento liberal. No transigió jamás con la intervención. Tampoco con la ingerencia. Menos aún con la supervisión electoral. Todos sus periódicos, todos sus libros, todas sus ideas de pensador y de filósofo estaban cargadas de flechas contra la Enmienda Platt. Cuando ensayó sucesivos medios de combate sin éxito adquirió la conciencia que mostraba la suprema fibra de hombre puro en todos sus contornos. La patria se desgajaba en las luchas políticas. Un grupo de cubanos dominaba a otro sin ley y sin justicia. Los comicios habían sido violados; la pasión de los usurpadores suprimía los órganos vitales del pensamiento y de la idea. El americano entonces proyectaba sobre Cuba la sombra de su imperialismo. Era segura la intervención, era inevitable el ocaso de la segunda república. Don Manuel encontraba en el carcaj de sus pensamientos una nueva doctrina que compensara el dolor nacional, y escribió estas palabras inolvidables para el Pueblo de Cuba: **"A la Ingerencia extraña la virtud doméstica"**.

La vida periodística de Don Manuel Márquez Sterling es más intensa aún que su carrera diplomática. Su triunfo sobre la "diplomacia del dólar" y la derrota a sus manos de Henry Lane Wilson, cuando la revolución maderista en México son fúlgidos episodios en el sol esplendoroso de su dirección intelectual. Lo central, el nervio de toda su vida, está en la palabra y en la idea. Durante casi toda su existencia fué un "profesional de la Prensa: cronista de ajedrez, repórter, corresponsal, redactor, Jefe de

Redacción, Director; y vivió intensamente la letra de molde que llegó a ser en él —como dice uno de sus biografos— una segunda naturaleza.

"El ambiente periodístico, la vida de redacción, me son necesarios, tanto como la alimentación diaria —expuso cierta vez— en que ya ostentaba la alta jerarquía de Embajador de la República".

Lo admirable en esta categoría de hombre público es que "ni en los inciertos días juveniles, ni frente a las torturas de la pobreza", Márquez Sterling se doblegó a las exigencias de la vida. En vez de estimar —como agrega aquel mismo biografo— al periodista como la pieza humana, y, sin embargo, mecánica, de una industria, lo concebía como una magistratura social, trazando independientemente las líneas inflexibles del deber. Sus diarios, renovadores, precursores del periodismo moderno en la noticia y en la vibración soberana, estaban positivamente al servicio de las clases populares. Previó ciertas desviaciones. No admitía que el periódico fuera al mismo tiempo fábrica. "El buen periódico era el buen artículo". El periódico de fábrica escogido para aplaudir al gobernante de turno le repugnaba. La compañía anónima moralmente irresponsable la desdeñaba. "Había que luchar por los ideales de la sociedad. Materiales imprescindibles; gramática usada con sabiduría; retórica esgrimida con talento; plumas bien cortadas a granel". Esta era la doctrina.

Siendo un gran periodista, Márquez Sterling puso el diarismo y la letra de imprenta al servicio de sus grandes concepciones políticas y sociales. Su literatura combatiendo por la libertad absoluta de los cubanos, es asombrosa. En sus cartas particulares que él cuidaba mucho, como gran escritor de fino estilo, está la cita constante contra la imposición de los americanos a los constituyentes de la República original. Su idea era combatir a todas horas. Sus libros "La Diplomacia en nuestra Historia", "Los Ultimos días del Presidente Madero", "La Ciudad sin Ruido", "Las conferencias del Shoreham", y el "Proceso histórico de la Enmienda Platt", constituyen verdadera jurisprudencia del sentimiento cubano, de la actualmente mistificada cubanidad, esen-

cia admirable del pensamiento continental en la creación y formación de Repúblicas libres y soberanas, condición que él reclamara en todas partes para Cuba.

Esta campaña ininterrumpida le valió largos años de exilio político. Lo acusaron de enemigo de los americanos los que quisieron desplazarlo, y lo desplazaron, de la diplomacia. Pero el autor de "Ideas y Sensaciones", era un hombre fuerte, de carácter de acero, de integridad llena de proyecciones; un hombre de hierro empotrado en la soberanía de su patria, y triunfaba en las lides románticas, saliendo victorioso de todas sus empresas, las que consagraba al servicio de Cuba para conseguir en el mañana la independencia; la libertad sin obscuridades ni penumbras; una verdadera, real y genuina democracia, al servicio de los mejores ideales revolucionarios. Y como lo animaba la fe, que es el lubricante del carácter, venció a todos sus enemigos doctrinales, y al cabo de los años demostró a los pesimistas lo que es un apostolado patriótico, cuando se mantienen con él los grandes ideales de la humanidad.

René Lufríu, gran carácter, cubano ilustre, escritor hondo y resuelto, su mejor biografo hasta ahora, describe a Márquez Sterling en la flor de su juventud, como un romántico de ojos de ámbar, de cabellos ensortijados al estilo de 1830, que hubiera escapado al lápiz de Gavarni. Así era. "Al cruzar las calles, —dice René— la cabeza inclinada, bajo el brazo el bastón, libros y periódicos en una mano, el tabaco en la boca, la corbata extendida a modo de enorme mariposa, parecía un artista europeo, perdido bajo el sol del trópico. Al verle se pensaba en Musset sin barba, o en Larra, adornado sólo de ralo y desfallecido bigote" que los años espesaron sobre los labios.

Era Don Manuel física y moralmente una gran figura. Fué construída en lo ético al precio de una voluntad gigantesca, de una ruta jamás abandonada sobre la que reiniciara la palabra escrita. ¡Cuántos sueños acumulados en la almohada en las horas de la madrugada acogedora! ¡Cuántas ilusiones penetrando los

misterios del mundo progresista y el recinto de las almas escogidas! ¡Cuántos castillos derribados en plena fabricación paradójicamente a causa de ese romnaticismo engarzado en los eslabones de un carácter invencible!

Fué por ello, que perdió el "Heraldo de Cuba" en 1915. Había pignorado las acciones en el antiguo Banco Español de la Isla de Cuba, en un momento de apuro, cuando surgió aquel episodio del billete de lotería 6249. Unos trabajadores habían acertado a comprar unas hojas que salieron premiadas en el "Gordo" y se les acusaba de falsificadores. Maza y Artola los defendía ante los Tribunales. Márquez Sterling, desde la vieja casona de O'Reilly, combatía al Director de Lotería. Pronto se supo que no había tales falsedades. Se trataba de una doble emisión; de un "chivo de Pote" el impresor de Obispo y Bernaza. Una tarde el librero de la "Moderna Poesía", el propio López Rodríguez, tocó a la puerta del periodista. "Le doy cien mil pesos si Ud. pára esa campaña". Ud., señor López, no sabe con quién está tratando. Eso es imposible. Al día siguiente el Heraldo era más explícito. Pero Pote más expedito. Compró la pignoración, se subrogó en el lugar y grado del Banco. "Díganle a Márquez Sterling que yo soy el dueño del Periódico". Contéstenle a Pote que se vaya a paseo. Surgió Ferrara amigablemente, y gracias a él no se perdió todo. Pero el hijo mayor, el hijo espiritual del título rojo y de la innovación diarista, "El Heraldo", largos años ideado y soñado, se adentró en una filosofía que no había sido la que concibiera para él su creador y su alma. Lo dejó. En su casa de la Loma del Mazo Don Manuel soñaba aún. Escasamente al año se voceaba en las calles de la Capital un nuevo Periódico de Márquez Sterling: "La Nación". Había nacido adulto. Cubría sus gastos desde el primer día. Era un éxito. Empero, los diarios de empresas tales siempre están llamados a las dificultades. La reelección de Menocal a contrapelo de las masas ciudadanas lo mató. Fué justamente aquel mismo día en que se había escrito aquello de "A la ingerencia extraña la virtud doméstica". Un piquete de soldados lo clausuró en exceso. Eran otros tiempos. Pero Don Manuel se arruinó.

Creo que ha sido Le Bon el que ha dicho que el hombre ha buscado sin descanso la explicación de estos misterios. Lo real es, agrega el propio autor, que el individuo jamás ha consentido ignorar la razón de las cosas: "Que el espíritu humano pasa fácilmente sin verdades, pero no puede vivir sin certezas. Márquez Sterling era una de esas excepciones si consideramos la filosofía de la verdad y de la certeza. No concebía la una sin la otra. René Lufríu nos lo revela.

Recuerdo —dice René— que a veces discutíamos alrededor de estos temas. En una de esas ocasiones me empeñé en rebatir su aforismo inmortal, cuya verdad axiomática reconocía, pero considerando muy débil el escudo. Márquez Sterling silencioso unos minutos, mirándome muy adentro, me dijo luego:

—¿Quiere usted decir que en Cuba hay poca virtud?

—Eso mismo, —replicó Lufríu, algo majadero en su afán de sombras.

—Bien. Si es así, —agregó Don Manuel— tendremos que luchar doblemente, porque hay entonces que despertar y robustecer la virtud.

Esa fué la síntesis en la vida de Don Manuel Márquez Sterling. Luchar por concluir en las grandes verdades una virtud suprema que salve a los hombres y a los pueblos. No lo admitía en contrario. Vivir en la verdad de la República sin la certeza de la soberanía, le era imposible. De ahí la fortaleza de su carácter que lo encaminaba siempre al día nuevo. Cuando los acontecimientos del 4 de Septiembre hicieron evidentes la abrogación de la Enmienda Platt, el camino ya había sido recorrido una y cien veces. No quiso Don Manuel ser Presidente sino unas horas. Declinó el nombramiento de ayudantes y de Generales que Batista le extendió enseguida. Su gran batalla no era una tarea individual. La revolución del 33 era efecto y no causa. Un grupo de cubanos ilustres, entre los que se destaca Cosme de la Torriente, a quien cupo la gloria de ser el Secretario de Estado que derribara la pragmática insondable, habían combatido la nefasta Enmienda. En Warm Spring, el 24 de Noviembre de 1933, reunidos Franklin Delano Roosevelt y Summer Welles, declaraban su de-

seo de anular el llamado Tratado Permanente. La Embajada en manos de Manuel Márquez Sterling era un premio a su vida desgastada en las luchas del "dejar siempre bien a la República de los fundadores". Lufríu, en el prólogo al "Proceso Histórico", describe el episodio que algunos cubanos han tratado de apropiarse para ellos solos. "Una tarde, coronación milagrosa de larga teoría de afanes y tristezas, la Enmienda Platt se disipa sobre el albo pergamino de un tratado internacional; lo rubrica a nombre de Cuba, con categoría de Embajador el día 29 de Mayo de 1934, el periodista que, a la palabra de aliento de Eudaldo Tamayo, juró su muerte en el fondo de su cuarto de enfermo el 29 de Mayo de 1901. ¡Coincidencias de fecha! Acaso armonías del destino en el secreto de las tinieblas!". Palpitante de goce, Manuel Márquez Sterling entregó a Lufríu sus más emocionadas confidencias. Era generoso y noble. Y escribía: "Nadie puede decir yo soy quien ha librado a Cuba del Tratado Permanente", pero sí hay quien pueda decir: "Nosotros negociamos la derogación, y esos somos Cosme de la Torriente y Manuel Márquez Sterling".

El gran director de "La Nación" —seguramente su periódico más raigal— murió pobre, pero intensamente feliz. Es más importante —decía Mauricio Maeterlinck— para el alma humana saber el valor de la felicidad que gozar de ella. Muy poco pudo gozar Don Manuel su gran triunfo diplomático. Pero lo vió y lo contempló serenamente. Hace días escribíamos sobre el carácter de Montoro. Lo que dijimos podemos repetirlo. La figura de estos hombres representan un valor inestimable. En sus biografías, públicas y privadas, a la manera que las exigen los lectores de hoy, las obras más complejas adquieren la fidelidad del conjunto sin perjudicar aún los detalles. Lo dijo un filósofo cuyo nombre no recordamos ahora. Hombres hay de extraordinario temple que "quieren" y aspiran a "querer". Su destino ha sido el complemento de su sabiduría. "Aquellos que pueden decir con verdad "yo quiero", son como centros de atracción ante los cuales se prosternan, para servirlos, todas las voluntades inconstantes que, semejantes a los polvos de la atmósfera, flotan incoherentes e impotentes en el espacio".

DISCUSION

DR. ICHASO: Y ahora, Dr. Costa, le doy la oportunidad de dirigirle alguna pregunta al Dr. Márquez Sterling sobre su admirable trabajo.

DR. COSTA: Primero, y no es para devolverle el halago, quiero felicitarlo por su brillante trabajo sobre Don Manuel Márquez Sterling, y ahora la pregunta: Se ha especulado mucho, sobre todo en estos últimos tiempos sobre a quién corresponde la paternidad de la abrogación de la Enmienda Platt. Usted ha rozado el tema. Como yo considero esencial la intervención de Don Manuel Márquez Sterling en la tramitación de este asunto, le hago la siguiente pregunta: ¿Cree usted fundamental y decisiva la intervención de Don Manuel en el asunto, en tal forma que, de no haber intervenido él, no se hubiera abrogado en aquel momento histórico la Enmienda Platt?

DR. MARQUEZ STERLING: Yo creo que en aquel momento se hubiera abrogado la Enmienda Platt, de todos modos, porque ese fué un hecho determinado por la Revolución del 33. Prácticamente, virtualmente, la Enmienda Platt estaba derogada desde el Congreso de Montevideo en 1933. Pero creo que su intervención como Embajador en Washington precipitó el acontecimiento. Y logró, por medio de su gestión diplomática, que eso se hiciera antes de cuando iba a hacerse en realidad, según lo prueban los archivos diplomáticos de la época del Gobierno de Mendieta. La derogación de la Enmienda Platt empezó a tratarse en el mes de Noviembre de 1933. El Congreso de Montevideo inauguró sus sesiones en Diciembre. Es un detalle muy interesante el saber que el Dr. Grau propuso para Presidente de esa delegación en Montevideo, a Don Manuel Márquez Sterling, que no lo aceptó porque ya se encontraba muy mal de salud y no podía trasladarse hasta allá. El mismo se adelantó a considerar que la abrogación de la Enmienda no era la obra de un solo cubano, sino de muchos cubanos. Pero como hay un cubano o por lo menos dos o tres cubanos que han pretendido ser los autores de eso, es bueno poner las cosas en su lugar y recordar que fueron muchos los que lograron la derogación. En una palabra, no fué solamente el Gobierno Revolucionario del Dr. Ramón Grau San Martín el que logró esto, sino la constante actividad de los cubanos que cuando la Revolución del 33 se produce ya habían demostrado que la Enmienda Platt resultaba inservible. Esta es mi respuesta a esa pregunta tan interesante del Dr. Costa.

DR. COSTA: Respuesta muy elocuente y acertada. Muchas gracias.

UN OYENTE: Dr. Márquez Sterling, encantado por su conferencia, aunque lo único que no me ha gustado es su canto al libre albedrío. Le quisiera preguntar que si las labores de superación en nuestra historia republicana las han realizado individualidades o si alguna vez por casualidad se han sumido o concentrado en un grupo o partido político.

DR. MARQUEZ STERLING: Bueno la pregunta es muy intencionada. En realidad no se han unido todos en un solo partido político, sino que esas ideas han partido de muchos lugares. A veces en la política tradicional clásica han coincidido conservadores y liberales en las mismas ideas, de modo que no puede entendese que eso sea el producto de una agrupación deliberada.

UN OYENTE: Pero, ¿qué clase de ideas han coincidido en bien del pueblo o en mal del pueblo?

DR. MARQUEZ STERLING: Bueno, las ha habido de las dos clases. Las ha habido que han coincidido en mal y las ha habido que han coincidido en bien. Y ese bien es el que estamos festejando aquí esta tarde.

DR. SUSINI DE ARMAS: Solamente para recordar un hermoso rasgo de Don Manuel a quien admiro tradicionalmente. Como gran periodista que fué, también fué muy bueno con los periodistas y tuvo el gran valor de protestar, el primero que protestó, del asesinato de un hombre más o menos discutido, pero que nunca debiera haber sido asesinado, que fué Armando André. Y protestó de una manera hermosa y decidida. Quiero recordarlo después de haber oído la interesante conferencia de mi amigo el doctor Márquez Sterling.

DR. MARQUEZ STERLING: Si el Dr. de Armas me lo permite, le recordaré que la protesta tuvo efecto en un artículo en que él citaba a los grandes tiranos de la historia. Hablaba de Calígula y de Nerón. Eran los tiempos en que se iniciaba el Gobierno de Machado.

UNIVERSIDAD DEL AIRE

CUARTO CURSO:

JULIO - SEPTIEMBRE 1950

"AFIRMACIONES CUBANAS"

PROGRAMA DE LAS PROXIMAS CONFERENCIAS

Sepbre. 3	a)	La generación modernista	Dr. Salvador Bueno.
	b)	Defensa de la nacionalidad	Dr. Raúl Maestri.
Sepbre. 10	a)	Aportes de Cuba a la música universal	Sr. Orlando Martínez.
	b)	El espíritu de empresa	Dr. Enrique León.
Sepbre. 17	a)	Los valores literarios ..	Dr. Camila Henríquez Hureña.
	b)	La plástica cubana	Dra. Rosario Novoa.
Sepbre. 24	a)	La mujer cubana en la historia	Sr. Rafael Marquina.
	b)	Resumen del curso	Dr. Jorge Mañach.



Distribución exclusiva:
OSCAR A. MADIEDO
O'Reilly 407
La Habana.